



FACULTAD DE
**FILOSOFÍA Y
HUMANIDADES**
UNIVERSIDAD DE CHILE

***EL VASTO TERRITORIO: APOCALIPSIS Y EXTINCIÓN EN LA
ÉPOCA DEL ANTROPOCENO***

Víctor González Astudillo

**Informe final del Seminario de Grado “Naturaleza y animales en la
literatura latinoamericana y general” para optar al grado de
Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica mención Literatura**

Profesor Guía: Bernardo Subercaseaux

Santiago de Chile, 2023

Agradecimientos

A mi familia, compuesta por Margoth, mi madre; Víctor, mi padre; Paulina, mi hermana; Ángel, mi cuñado; Marco, mi sobrino y Pinwi, mi perro. Gracias por su apoyo incondicional.

A Simón, por su amistad y su enorme amabilidad.

A mi querida amiga Isidora, a quien siempre tendré en mi memoria.

Índice

1. Introducción (4-8)
2. Marco teórico metodológico (9-17)
3. Hipótesis (18)
4. Capítulo 1. Asuntos contextuales: paisajes y territorios según la mirada del capitalismo extractivista en *El vasto territorio* (19-27)
 - 4.1 Capitaloceno: una relación colonial con las forestales (27-33)
5. Capítulo 2. Horizontes apocalípticos: hermenéutica y escatología en Pedro el Vasto (34-45)
 - 5.1 Antropoceno: hacia la construcción de una vida multiespecie (45-51)
6. Capítulo 3. Una extinción ineludible: la cuestión de la *big data* y las imágenes técnicas en Giovanna (52-62)
7. Conclusiones (63-67)
8. Bibliografía (68-70)

Introducción

En la presente investigación, procederé a analizar la novela *El vasto territorio* (2021), editada por primera vez bajo el sello de Alfaguara, y reeditada este mismo año por Caja Negra Ediciones (2023), versión que contiene algunas novedades tanto a nivel escritural como visual. Si bien no realizaré un trabajo comparativo entre las dos publicaciones, sí integraré elementos de las dos ediciones a modo de observar con mayor amplitud el problema que propone la novela, que no es otro más que el asunto del Antropoceno y algunas de sus variantes, tales como el Capitaloceno. Como tal, la novela nos proporcionará mayor claridad al momento de comprender el desastre ecológico que enfrentamos hoy en día.

Respecto al autor, su obra es bastante acotada. *El vasto territorio* es, hasta ahora, su única novela publicada, aunque previamente, este se ha visto involucrado en una serie de hitos y proyectos asociados al mercado editorial, como, por ejemplo, la publicación de un libro-objeto titulado *Intemperie* (Velando Bestias, 2017) y la plaquette *Maestranza* (ExNudo de Globo, 2018). Es Licenciado en Filosofía, Diplomado en Literaturas del Mundo y Magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de Chile. Ha recibido dos premios importantes a nivel nacional: el Roberto Bolaño (2018) en categoría novela y el Premio Municipal de Literatura de Santiago (2022) por la novela que tendremos como objeto de estudio en este informe. A su vez, ha sido becado tanto por el Fondo del Libro que otorga el Ministerio de las Artes, las Culturas y el Patrimonio en 2019 y 2021, como por un Fondo de Apoyo a la Traducción, junto a Rodrigo Olavarría, en 2020. También figura entre los becarios de la Fundación Neruda en 2018.

Ahora, en cuanto al conocimiento instalado en torno a la novela, la crítica ha sido bastante somera en torno a los problemas que aborda el autor. Por ejemplo, la reseña “Tensión en las redes. Sobre *El vasto territorio* de Simón López Trujillo” (Revista Oropel, 2021) de Álvaro Gaete, se dedica a relacionar las redes subterráneas del mundo fungi con la estructura múltiple y polifónica de la novela, lo cual, si bien es acertado, no se hace cargo de la localización contextual de la obra, en la medida de que esta se encuentra situada en medio de una catástrofe ambiental de proporciones apocalípticas. Por otro lado, Joaquín Saavedra (2022) a lo largo de otra reseña publicada en Fundación La Fuente, nos comenta algo bastante similar, aunque con cierto énfasis en la coyuntura política que ocupa los territorios abordados por la novela, lo cual guarda una estrecha relación con la

disputa por los territorios mapuche al sur de Chile, ocupados actualmente con fines forestales y ganaderos. La observación es muy pertinente, ya que la novela, en su prefacio, se encuentra dedicada a Rodrigo Cisterna, asesinado el 3 de mayo del 2007 por las Fuerzas Especiales de Carabineros de Chile en Laraquete, en medio de una protesta obrera, la cual solicitaba mejoras en las condiciones laborales de la Planta de Celulosa Horcones, propiedad del empresario chileno Analecto Angelini. La falta de análisis en torno a este último punto, a mi parecer, tiene que ver con que aún no existe una recepción de la novela por parte de la academia, lo cual, si bien no es gravitante para el desarrollo de lecturas críticas, sí es determinante al momento de otorgar una bibliografía crítica en torno a la obra. Dada la precarización económica que sufren los diferentes medios culturales que existen en nuestro país, estos no pueden financiar —en algunos casos— otra cosa más que reseñas y/o artículos breves que aborden trabajos literarios contemporáneos. Si bien comprendemos los alcances de un informe de tesis, confiamos en que esta primera aproximación a la novela brinde nuevos caminos críticos para recorrer en un futuro, y no solo en esta obra, la extensa relación entre literatura, ecología e imaginarios asociados al fin del mundo.

Por tanto, cabe anunciar brevemente qué es lo que se propone esta investigación frente a los desafíos y discusiones que instala *El vasto territorio*. La trama se podría comprender de la siguiente manera: Giovanna, una científica chilena que se encuentra en medio de una investigación doctoral, tiene por objeto de estudio al hongo *ganoderma lucidum*, el cual se encuentra propagado por todo el mundo dada su afinidad con los climas templados. Sus características de basidiomiceto (hongos que se reproducen por medio de basidiosporas, producidas por esporangios microscópicos) son cruciales para la novela, ya que, de acuerdo con las investigaciones de la micóloga, el aumento exponencial de las temperaturas a nivel planetario ha provocado en varias especies vegetales-fungis un giro en sus métodos de supervivencia. En este caso, podríamos sugerir que el horizonte de depredación del hongo ganoderma ha cambiado, reemplazando su dependencia saprofita (nutrición a partir de organismos en descomposición, tales como cadáveres, excrementos, etc) por una de tipo parasitaria, alimentándose de sus huéspedes orgánicos vivos, ya que, en los exteriores, su vida se vuelve imposible. El contenido de la obra, tanto a nivel narrativo como estructural, es una demostración de los cambios culturales que provoca este giro, ya que uno de los protagonistas, Pedro, inhala una cantidad considerable de basidiosporas a consecuencia

de su trabajo en una forestal de Curanilahue, convirtiéndose así en uno de los primeros pacientes que sobreviven a la ocupación del hongo en cuerpos humanos. Las consecuencias serán, por supuesto, de suma importancia, tanto para su propia caracterización como para el desarrollo argumental de sus hijos, Patricio y Catalina, quienes vivirán en carne propia otra de las violencias producidas por la maquinaria extractivista del capitalismo; esto es, la pobreza, el abandono y la mortandad que cubre las zonas de sacrificio.

Las preguntas que surgen al respecto son muchas, pero nos concentraremos particularmente en la siguiente: ¿Cuáles son los relatos que se aúnan bajo los diferentes personajes que atraviesan la novela, y de qué modo estos apuntan al imaginario del fin del mundo? Nuestra respuesta apuntará principalmente al análisis de la representación discursiva de los dos personajes centrales: Giovanna y Pedro. Propondremos que, si bien ambos no manifiestan los signos estructurales de un relato alegórico realista, donde Giovanna y Pedro serían avatares de ciertos valores asociados al imaginario catastrofista de la ecología, sí consideramos que su relación con el resto de los elementos de la novela constituye dos perspectivas que son cruciales para entender los tiempos que estamos cruzando: estas son, la de la extinción y la apocalíptica. Por un lado, Giovanna llevará a cabo una serie de acciones que la terminarán relacionando con una posible extinción de la especie humana, la cual no solo implicaría el comienzo de la ruina para la cultura antrópica, sino también el lento avance de nuestro mundo hacia una realidad ilegible, desprovista de los sentidos que le hemos asignado (Biset, 2022). Esto se verá reflejado tanto en la relación de la protagonista con las máquinas informáticas, las cuales parecieran arrojar datos sin ningún tipo de significado, como también en su forma de habitar los campos donde se despliega su investigación científica, la cual está repleta de violencias, desapariciones y otras injerencias en el escenario territorial de Curanilahue, sector que antiguamente fue ocupado por comunidades mapuche masivas, expulsadas por los intereses capitalistas promovidos por la dictadura.

Mientras que, por otro lado, Pedro encarnará las diferentes ensoñaciones apocalípticas que han acompañado a la humanidad a lo largo de su desarrollo, las cuales, a diferencia del fenómeno anterior, están caracterizadas por una épica humanista, donde nuestra especie y sus respectivos sentidos sobreviven al colapso, estableciendo así un período escatológico, fundado en las ruinas de la cultura anterior (Fabry, 2012). Esto se verá reflejado principalmente en los esfuerzos de una comunidad sectaria, articulada en

torno a Pedro El Vasto, nombre que el personaje adquirirá luego de sufrir una simbiosis con el hongo. Sus visiones, transmitidas a los demás por medio de la palabra, serán transcritas a una especie de texto sagrado, lugar donde los creyentes mantendrán una relación hermenéutica con los imaginarios del fin. También, realizaremos algunas comparaciones con relatos míticos, los cuales aparecen en algunas notas al pie de página de la novela.

Sobre estos asuntos, el presente informe de tesis se concentrará en el uso de, al menos, dos ámbitos que le son propios a la teoría crítica desprendida de las humanidades y las ciencias sociales. En primer lugar, lo dicho en torno al Antropoceno ocupará gran parte de nuestras reflexiones, en la medida de que las perspectivas ecológicas y contracapitalistas de *El vasto territorio* ocupan gran parte de la novela. Por supuesto, tales preocupaciones se enmarcan bajo la supuesta “era geológica” que ahora mismo cruza la humanidad. Respecto a la pregunta de qué es el Antropoceno, me remitiré a señalar brevemente que el término fue acuñado, por primera vez, por Paul Crutzen y Eugene F. Stoermer, quienes señalaron en el año 2000 que los impactos de la vida antrópica son lo suficientemente potentes como para transformar las propiedades estructurales de la biosfera, poniendo como ejemplo la mancha radioactiva que dejó atrás tanto el bombardeo nuclear de Hiroshima y Nagasaki, como también los desastres nucleares de Fukushima y Chernóbil (Rodríguez Freire 7). Los aspectos más profundos del concepto, además de sus variantes (Capitaloceno, Chthuluceno¹) o su pertinencia fuera del ámbito de la geología, serán descritos en el marco teórico de este informe.

Por otra parte, hemos decidido situar este informe en el campo de la ecocrítica, en la medida de que nuestro objeto de estudio manifiesta una serie de elementos que le son de interés al conjunto multidisciplinar que se compone bajo esta perspectiva. En primer lugar, *El vasto territorio* mantiene al menos dos focos a lo largo de su narrativa que le son pertinentes a esta discusión. Por un lado, el asunto de la representación del mundo vegetal es de suma importancia, ya que esta definirá el imaginario que atraviesa a cada uno de los personajes. Por ejemplo, en el caso de Pedro, sus visiones mesiánicas estarán repletas de

¹ Si bien explicaremos más adelante las implicancias de este término, por ahora cabe señalar que el Chthuluceno es una perspectiva multiespecie desarrollada por Donna Haraway, esto en función de criticar los aspectos especistas del Antropoceno. Bajo esta perspectiva, el ser humano habría tenido un desarrollo conjunto con el resto de los organismos vivos de nuestro planeta, por lo cual, se vuelve imposible elaborar una “historia” geológica en torno a un sujeto aislado. Las conexiones desarrolladas entre las especies que habitan nuestro planeta pueden ser entendidas como ensamblajes “tentaculares” de magnitudes enormes, esto último en referencia a Chthulu, nombre del monstruo creado por H. P. Lovecraft.

territorios verdosos, poblados caóticamente tanto por accidentes geográficos, texturas musgosas y otras experiencias sensoriales asociadas a la tierra, y por supuesto, migraciones gigantescas producidas por la participación² activa de agentes que no pertenecen al orden antrópico. Tanto el hongo que provocará el desenlace catastrófico de la trama, así como las diferentes formas que irá adquiriendo el entorno natural a partir de la destrucción ambiental, tendrán total incidencia en la ideología de la novela, la cual manifiesta una clara posición política respecto a los culpables y a las víctimas de un hipotético fin del mundo.

En segundo lugar, y en coherencia con lo anteriormente dicho, notaremos que los acontecimientos de *El vasto territorio* nos servirán como antecedentes para pensar las posibilidades de una consciencia ecológica en un contexto de violencia capitalista, sufridas principalmente a través de la maquinaria extractivista que repleta los territorios naturales de nuestro país. La ecocrítica, en tanto multidisciplinar, nos ayudará a identificar las relaciones prácticas que se establecen entre los diferentes registros de la novela, tanto escriturales como visuales, ya que, es en estos espacios creativos y sensibles donde, creemos, se puede localizar esta especie de consciencia imposible instalada en los relatos apocalípticos que acechan a nuestra especie. Por tanto, algunas estrategias textuales, tales como la fragmentación, la bifurcación narrativa en los pies de página, así como la inclusión de imágenes técnicas que reflejan el constante flujo de datos ilegibles, se podrán leer como metodologías estéticas con las cuales es posible cuestionar la hegemonía antrópica en la construcción de representaciones. Naturalmente, aquellos espacios se nos descubrirán críticos, confusos, incluso contradictorios, pero confiamos en que las herramientas de análisis que propone la ecocrítica nos ayudarán a comprender de qué se trata esta disputa entre territorios, naturaleza y humanos, la cual, en este caso específico, estará dispuesta bajo la narrativa del apocalipsis y la extinción.

Los elementos de cada una de estas perspectivas, así como otros asuntos asociados a la profundidad de las discusiones, serán detallados a lo largo de nuestro marco teórico metodológico.

² Referimos bajo el término de participación la agencia de componentes orgánicos e inorgánicos en la construcción de sentido según la Teoría del actor-red, desarrollada ampliamente por Bruno Latour en su libro *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red* (2005).

Marco teórico metodológico

1. Antropoceno / Capitaloceno:

La razón por la que utilizaremos dos términos teóricos en torno a la supuesta era geológica actual se debe a que la noción de Antropoceno, además de ser un concepto duramente criticado por las ciencias físicas, ha sido puesto en duda por diferentes disciplinas sociales y por las propias humanidades, siendo esta última el lugar donde se inscribe este informe de tesis. Por lo tanto, nos dedicaremos a definir brevemente cada término de forma separada, para luego, darle continuidad durante el desarrollo de nuestra investigación.

Respecto al Antropoceno, la mayoría de artículos citan un hito en específico: en un boletín académico del Programa Internacional Geósfera-Biosfera (IGBP, según la sigla en inglés), el químico y premio nobel Paul Crutzen, junto al botánico Eugene Stoermer, sugirieron el fin del holoceno a partir del inicio de la era humana, la cual habría dado inicio en la revolución industrial del siglo XVIII, haciendo de nuestra especie una “fuerza geológica”, con el poder de afectar el desarrollo de las condiciones biofísicas del entorno planetario. Ahora, de acuerdo con Helmuth Trischler (2017), existen antecedentes que son coherentes con esta datación, ya que, en 1873, “El sacerdote y geólogo italiano Antonio Stoppani sugirió algo muy cercano a la palabra actual cuando escribió acerca de un “antropozoico” (...), para subrayar que la era moderna fue dominada por la humanidad.” (3). Por lo tanto, dada las fechas, es lógico relacionar la aparición de la época antropogénica tanto con la herencia ilustrada de la modernidad, esto a propósito de la relación intrínseca entre técnica y progreso, como con el avance de la razón instrumental en la Europa occidental, ya que es aquí, geopolíticamente hablando, donde se desarrollan los primeros avances tecnológicos del carbón, así como también es el lugar donde se despliega la maquinaria colonial que haría de África una zona de constante explotación natural.

De todos modos, la discusión respecto a su origen histórico es mucho más amplia, y, en algún sentido, esto es lo que permite que existan otros términos para categorizar esta nueva era geológica, ya que cada uno establece un consenso diferente a propósito de los sistemas que sostienen el Antropoceno. En este sentido, habría que señalar dos cosas más, antes de pasar al siguiente punto: en primer lugar, el Antropoceno afirma la existencia de una especie homogénea, que si bien, se encuentra fracturada por diferentes órdenes

culturales, esta mantendría un estilo de vida que tiene en su centro la relación instrumental que hemos construido con la naturaleza. De algún modo, el avance forestal, la contaminación de napas subterráneas, la ampliación de zonas de cultivo, la producción masiva de plásticos, etc, permite que cada uno de nosotros viva en la actualidad tecnológica, sea por medio de televisores, computadoras, celulares o a través de utensilios mucho más cotidianos, como los alimentos, el licor, la vestimenta, el combustible, etc. Es decir, bajo la premisa del bien común, es que la avanzada antropocénica encontraría sus licencias de dominación y expansión. Por lo tanto, lo segundo a mencionar y en directa coherencia con lo anterior, es que el Antropoceno no sería solamente una perspectiva geológica, sino también una discusión en torno a un común cultural, el cual estaría anclado en el fundamento civilizatorio de occidente: el antropocentrismo.

El Capitaloceno, como bien se podría sospechar, responde a esta última inquietud respecto a la supuesta humanidad unificada, además del problema cultural que propone el Antropoceno. En primera instancia, este concepto asegura que lo que determina nuestra relación con el entorno natural es la lógica simbólica-económica que estructura nuestra visión de mundo. Es decir, antes de que las propiedades de la bioesfera comiencen a verse afectadas por la intervención humana, habría que detenerse en la distribución de valor que una parte de nuestra especie instaló sobre el orden de las cosas. Tal orden, por supuesto, trata de la perspectiva imperialista de Europa, quien estructura un nuevo sistema de acumulación de riquezas a partir de la ocupación de territorios africanos y americanos:

Localizar los orígenes del mundo moderno en el auge de la civilización capitalista después de 1450, con sus audaces estrategias de conquista global, mercantilización incesante e implacable racionalización, implica priorizar las relaciones de poder, capital y naturaleza que dieron lugar a un capitalismo fósil tan mortífero desde sus inicios. (Moore 205)

En consecuencia, la idea de una especie humana unificada encontraría su primer desafío luego de considerar en su ecuación la otredad colonial de los pueblos explotados —muchos de ellos aniquilados— por el avance capitalista, ya que, además de la caracterización de los indígenas americanos y africanos como mercancías por medio de la esclavitud, estos de por sí no calzan con la definición hegemónica de humanidad, principalmente por asuntos raciales-ideológicos, esto a propósito de la repartición demográfica del mundo definida en el Génesis bíblico, visión que se aplica a las diferencias pigmentocráticas entre los hombres blancos y la negritud.

Por último, quisiera señalar otro problema identificado por Moore en la visión antropocénica, enfocada principalmente en la parcelación de lo humano frente a los otros componentes del ecosistema natural. De acuerdo con el autor, la base epistemológica del capitalismo supondría una fuerte diferenciación entre humanidad y materias primas, replicando así el modelo cultura-naturaleza. Esto se debería a una comprensión particular de la técnica, ya que su mediación permitiría el dominio y la ocupación de la productividad a través del trabajo, para más tarde, capitalizar también la fuerza de trabajo por medio de la maquinaria y la industria, construyendo así medios de producción o de capital físico. Es decir, constantemente, el capitalismo estaría delimitando contornos entre la acumulación de riquezas y los elementos otros que hacen posible el crecimiento económico. La humanidad existiría, entonces, no en la naturaleza, sino en contra o sobre la naturaleza. Pero no solo el entorno natural se encuentra absolutamente separado de la productividad, sino también “otros” humanos, los cuales se ven transformados por la mediación de la técnica capitalista:

Los humanos producen diferenciaciones intraespecie (...): desigualdades de clase, moduladas por todo tipo de cosmologías raciales y de género. Esas diferenciaciones han producido una historia humana (...) llena de contingencia y en rápida transformación. (Moore 204)

En otras palabras, la perspectiva capitalocénica también propone que la era de la hegemonía capitalista consiste en una construcción cultural, aunque aquí no existiría un orden común en la distribución de la especie. Más bien, cierta noción antropocéntrica de lo humano estaría en compañía con las relaciones no lineales de poder y riqueza que estructuran la trama de la vida (Moore 204).

Estas dos formas de comprender el presente periodo antropocénico nos ayudará a instalar una lectura total de la novela, la cual implica identificar los modos en que los personajes son afectados por estas formas de percibir el tiempo planetario. Sea desde la relación íntima con otros seres vivos, como lo es el caso de Giovanna con los hongos o el de Pedro mediante la simbiosis, o bien, desde el sufrimiento por el cual pasan Patricio y Catalina, los cuales, además de perder a su figura paterna, pierden las coordenadas de su mundo en la medida de que la novela contempla un final apocalíptico. Las razones del fin, la distribución de afectos durante la trama, así como también la representación de algunos cuerpos animales y vegetales, pasan por la mirada particular tanto del Antropoceno como del Capitaloceno. Es decir, a través de estos conceptos, estableceremos un marco de legibilidad.

2. Ecocrítica:

De acuerdo con Juan García en “Ecocrítica, ecologismo y educación literaria: una relación problemática” (2017), el concepto posee una raigambre anglosajona, lo cual emparentaría a la ecocrítica directamente con los estudios culturales. Como tal, debemos entender esta rama de la teoría crítica como un aparato diverso, que si bien se sirve principalmente de la literatura, posee un mayor interés en la disputa simbólica que establecen cierto tipo de textos en torno al encuentro entre naturaleza y representación. Por tanto, podríamos señalar que la ecocrítica es un estudio sobre la relación entre “literatura y entorno físico” (80), lo cual no solo abarca a lo vegetal-animal, sino también a como los territorios están sujetos a ciertos mecanismos técnicos de explotación y producción que afectan gravemente a su entorno humano-no humano. De aquí, entonces, la constante referencia al modelo capitalista en los ensayos, artículos y libros de este tipo.

En ese sentido, nos interesa mucho más lo dicho por Arnaldo Donoso en su “Estudios literarios ecocríticos, transdisciplinaridad y literatura chilena” (2015), quien destaca la fluidez otorgada por la ecocrítica a la teoría ecológica, la cual pasa de ser un asunto privado a un asunto público, o bien, como lo dice el propio autor, citando a Lawrence Buell, "movilizar la noción de medioambiente desde lo abstracto hacia un interés tangible" (104). Es decir, la ecocrítica nos permitiría encontrar las discusiones contemporáneas en la tangibilidad de los textos, específicamente en los literarios, lugar donde las perspectivas de mundo son mucho más evidentes, en tanto se concentran en la mirada de sujetos ficticios.

Tal aporte nos servirá en el análisis tanto de los personajes como de los ambientes que atraviesan la novela de Simón López Trujillo. Por ejemplo, los aspectos tangibles de la novela nos permitirán hacer una analogía entre la experiencia degradante que encuentra Patricio, hijo de Pedro, en el abandono, con la muy posible catástrofe que acosará la vida cotidiana de las nuevas generaciones, quienes verán afectado el acceso a beneficios mínimos, tales como la comida o el agua, incluso en espacios domésticos durante las postrimerías del cambio climático.

3. Apocalipsis / Extinción:

La perspectiva apocalíptica que trabajaremos en este informe corresponde a la proporcionada por Geneviève Fabry, quien, en su artículo “El imaginario apocalíptico en la literatura hispanoamericana: esbozo de una tipología” (2019), propone que el relato

posee un carácter fundacional, esto, a pesar de que consista en una narrativa del fin. El sentido de esto se encuentra en la relación colonial que mantiene el imaginario indoamericano con el Apocalipsis, ya que este último fue instalado en nuestra memoria mediante la conquista. Por lo tanto, el Apocalipsis bíblico es fundacional en la medida de que inaugura una forma particular de percibir el tiempo en nuestro continente, esto es que, la historia es alegoría de “una creación ex nihilo [, a la cual] se opondría el final del mundo, concebido al mismo tiempo como destrucción del orden antiguo y revelación de las verdades esenciales del mundo y del hombre” (2). En consecuencia, la noción temporal de la población indoamericana es intercambiada por la visión del hombre blanco: una historia lineal, que, en cada avance, amenaza con su clausura.

Aunque siendo más específicos, la relación apocalíptica que mantiene la literatura latinoamericana funciona en dos grandes modos: por una parte, una literatura es apocalíptica en la medida de que se inscribe en esa extensa relación colonial, expresando así cuestiones en torno al tiempo, a la cultura indoamericana, y por supuesto, al colapso de las formas en cómo se organiza nuestro mundo; mientras que por otra, una literatura se considera apocalíptica en la medida de que refiera, en su contenido, al mito escatológico de Juan de Patmos. En otras palabras, una escritura apocalíptica es derechamente una escritura que piensa y/o critica los fundamentos cosmológicos de occidente.

Esta forma de comprender el apocalipsis nos será de utilidad al momento de enfrentar los pasajes alusivos al imaginario judeocristiano, así como también nos servirá para comprender las diferentes formas en que la novela se aproxima a las experiencias espirituales, sea a partir de visiones delirantes, como las de Pedro El Vasto, o a partir de la aparición de símbolos premonitorios, como lo son algunos animales muertos, además de la aparición de monstruos fúngicos, encarnados por la transformación final de Pedro mediante el hongo *ganoderma*.

Continuando lo dicho, si el apocalipsis está asociado a una experiencia lineal del tiempo, necesariamente, lo apocalíptico es el tiempo de lo humano. Por tanto, en la medida de que la novela está ocupada por un actuante vegetal (el hongo), el tiempo que atraviesa la novela correspondería a otro modelo, el cual, a nuestro criterio, apunta al de la extinción, concepto utilizado por Emmanuel Biset en “La extinción de la cultura” (2022). De acuerdo con el autor, el cual cita a Moynihan, apocalipsis y extinción “no son

simplemente ideas diferentes, sino incompatibles y contradictorias [...] el apocalipsis asegura el sentido de un final, la extinción anticipa el final del sentido.” (57).

Para la extinción, el tiempo es la contingencia total, en la medida de que todas las posibilidades ante el inminente futuro están presentes, ahora mismo, en la condición mortuoria de la existencia. La desaparición, por ejemplo, no es una cuestión profética o premonitoria, sino un hecho, en tanto nuestro colapso está asegurado por la muerte del sol en unos 5.000 millones de años³. Si bien la premisa es un tanto catastrofista, lo dicho por Biset nos recuerda algo asociado a los modelos culturales que asociamos al ciclo vital humano, donde el fin de la vida pareciera estar siempre un paso más allá, siendo que este forma parte de nuestro propio devenir. Una evidencia de esto se encuentra, por ejemplo, en las otras formas de vida que habitan nuestro planeta, las cuales se encuentran en medio de una cadena de extinciones, sucedidas unas tras otra, permitiendo así el avance de la biomasa a partir de un complejo ecosistema. ¿Por qué, entonces, esto parece ser distinto para el género humano? El error radica, nuevamente, en nuestra percepción del tiempo, en tanto identificamos la extinción como un momento y no como un proceso que podría ser, acaso, más extenso que el propio periodo del Antropoceno. Por tanto, en la perspectiva de la extinción, todos los tiempos son posibles, en la medida de que la extinción sucede a todo momento. Ya no es posible pensar en una línea, más bien, la experiencia temporal consistiría en una red donde todos los horizontes ocurren de forma sincrónica, incluyendo el propio final. Sea en la etapa cúlmine de la vida de Pedro, o bien, en el último número que Patricio inscribe en un sudoku⁴. Algo asociado a la experiencia, a lo perceptible, a lo imaginable, termina por desaparecer irrevocablemente.

Esto nos será de mucha ayuda para pensar los aspectos formales de la obra. No hay, digamos, relato que soporte el final permanente de todo lo que existe, ya que, necesariamente, el lenguaje propone una forma de existencia al momento de ser articulado. De aquí, entonces, la sugerente estructura de la novela, a veces polifónica, a veces confusa, fragmentaria, e incluso, sin letras, solamente utilizando imágenes o algunos diagramas cuadrículares. De algún modo, la novela propone una experiencia

³ Para verificar este hecho científico, véase este artículo divulgativo publicado por la BBC Mundo, titulado “Explican por primera vez cómo será la muerte del Sol”: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-44041257>

⁴ Juego matemático inventado por el matemático suizo Leonhard Euler, basado en sistemas de probabilidad en un plano hecho de cuadrículas. Durante los 70, adquirió popularidad en Japón.

temporal distinta, sugiriendo, a todo momento, su propio final narrativo. Habría, entonces, en *El vasto territorio*, algunos apuntes asociados al fin de la representación.

4. Extractivismo:

Según el artículo “Extractivismo: expresión del sistema capitalista-colonial patriarcal” (2013) de María del Rosario Ayala, Emma Zapata y Ramón Cortés, el extractivismo es una estrategia colonial donde los países hegemónicos del polo norte promueven el progreso y el desarrollo en países debilitados políticamente, con el fin de privarlos de sus materias primas y así, evitar su entrada al aparato económico global. En las propias palabras del texto, “lo que ha tenido lugar es un genocidio liberal que ha acabado con pueblos enteros calificados como subdesarrollados para quedarse con sus territorios” (62).

Ahora, si bien el extractivismo es una práctica que ha sido llevada a cabo a lo largo de diferentes siglos, nuestro interés conceptual radica en que su sistematización definitiva se dio en el contexto de la expansión colonial, donde diversos imperios, tales como el español, el portugués o el inglés, llevaron a cabo devastaciones naturales en territorios extranjeros, principalmente en África y en nuestro continente americano. Por lo tanto, consideramos que la práctica extractiva le da un carácter específico al capitalismo, el cual, tiene por objetivo perpetuar la dominación entre países hegemónicos y subordinados mediante la acumulación de capital.

Esta perspectiva latinoamericana de la crítica anticapitalista ha sido desarrollada ampliamente por César Enrique Pineda, aunque para cuestiones de nuestro informe, nos enfocaremos solamente en su trabajo “Apertura: debate sobre colonialismo, comunidad y despojo”, presentado en el libro recopilatorio, *Colonialismo, comunidad y capital. Pensar el despojo, pensar América Latina* (2023). En él, Pineda plantea la naturaleza del extractivismo del siguiente modo:

La matriz extractivista es la articulación estructural de América Latina con el sistema-mundo. Ese vínculo asimétrico de intercambio ecológico desigual es la columna vertebral de la región tanto en su relación con las zonas centrales, como hacia el interior de las economías nacionales. (23)

Respecto a la cita, podemos recoger al menos dos elementos. En primer lugar, es que esta reafirma la lógica colonial como una forma de relación desigual. América Latina, al estar mediada por las lógicas extractivista, siempre se encontrará en una situación subordinada respecto al centro, representado por las potencias económicas mundiales. Es

decir, toda expresión cultural, política, y en este caso, ecológica, pasará por el filtro de los intereses económicos en la región. Por lo tanto, y en segundo lugar, la cita nos indica que la lógica extractivista perpetúa también los modos en que los estados segmentan a su propia población, esto según las importaciones que un país debe cumplir acorde a su agenda anual. Esto significará tanto la expulsión de poblaciones de sus terrenos, obligándolos a una suerte de migración permanente, como también la transformación de zonas naturales en zonas extractivas, desapareciendo así cualquier relación territorial que alguna vez existió entre pobladores, fauna y flora nativa, además de otros agentes orgánicos, con su hábitat.

Esta mirada sobre los problemas ecológicos y político-coloniales en América Latina, nos servirá para comprender tanto la aparición de sujetos subalternizados, principalmente colectivos obreros y/o indígenas, así como también las diversas disputas territoriales, realizadas casi en segundo plano a lo largo de la novela. Además, nos ayudará a observar con mayor amplitud la naturaleza de las zonas extractivistas, la cuales, en la novela, son principalmente de carácter forestal-celulosa. Las posibles conclusiones estarán asociadas tanto a las formas capitalocénicas de comprender la naturaleza, así como también a las prácticas deshumanizantes de la acumulación capitalista, las cuales privan tanto a animales-humanos como a plantas de la condición de sujetos.

5. Posmodernidad:

Para la definición de posmodernidad, utilizaremos la perspectiva de Jean-François Lyotard anclada en su texto: “Reglas y paradojas” (1987).

En él, Lyotard menciona que el término posmodernidad no refiere a una sistematización de la historia en épocas, lo cual, de acuerdo con el autor, sería una práctica antigua, asociada a la modernidad. En cambio, la posmodernidad sería más bien un ánimo específico, una forma particular de elaborar el pensamiento en relación con un problema histórico: esto es, el sentido (1). Citando al romanticismo, Lyotard señala que la modernidad hizo de aquella pulsión desbocada, donde la vida pierde su propósito final, un problema filosófico, dándole así una respuesta mediante lo que el filósofo francés llama “grandes relatos”. Entre ellos se encuentran, claro está, el marxismo, el fascismo, y de manera más paralela, el capitalismo, el cual, según Lyotard, está en pleno desarrollo.

Lo importante, de todos modos, es lo siguiente. A diferencia de los otros grandes relatos, el capitalismo no se habría agotado dado su interés particular en la comunicación

y el lenguaje. El autor menciona la creación de los *media* (3) como un hito tecnológico de suma importancia, ya que en ellos, el lenguaje no estaría cifrado acorde a estructuras de significación. Más bien, el lenguaje se encontraría encriptado mediante un código informático, el cual reproduce el contenido según las máquinas que sean capaces de leerlo. Es decir, a través de la técnica, la mediación entre sujeto y mundo se ha ampliado mucho más, transformando así el problema del sentido en uno de tipo cuantitativo, en vez de uno cualitativo. En la posmodernidad, ya no es fundamental comprender los fundamentos de lo verdadero y lo falso. Más bien, lo único importante es saber identificar las metodologías con las cuales se construyen los discursos sobre la realidad. Y esas metodologías, claro está, pertenecen al mundo tecnológico de las máquinas informáticas.

Esta lectura, si bien clásica, nos será de interés con el fin de comprender tanto la experiencia capitalista de algunos sujetos al interior de la novela, diluida en las estructuras burocráticas de las empresas extractivistas, como también los modos en que se propaga la información, sea por medio de redes sociales o a través de aparatos tecnológicos, como televisores o computadoras. Además, nos ayudará a entender la inclusión de imágenes técnicas en la novela, las cuales, si bien representan el desastre ecológico, ante los ojos de los protagonistas, estos se revelan solamente como imágenes vaciadas de cualquier contenido relevante.

Hipótesis

El presente informe de tesis postula que, mediante la utilización alegórica de los personajes de Pedro y Giovanna, la novela *El vasto territorio* (2021) produce un contacto entre los dos principales relatos asociados al fin del mundo: la extinción y el apocalipsis. Esto con el propósito de señalar que los imaginarios asociados a cada narrativa corresponden con los límites conceptuales de nuestro periodo geológico llamado Antropoceno, el cual aparece dominado, principalmente, por el capitalismo extractivista como por las relaciones poscoloniales que están asociadas. Es decir que, a pesar de que las escrituras apocalípticas y las narrativas de la extinción pretendan escapar del dominio antropocénico, estas realmente no logran encontrarse con este tipo de “afuera”, ya que, tal dimensión, se encuentra inclusive fuera del dominio de la escritura, de las artes y de la ciencia. En función de esto, *El vasto territorio* especula las diferentes modulaciones del fin por medio de los mecanismos de representación que tenemos a mano en la actualidad, sea mediante el uso de escrituras no convencionales, o bien, a través del uso de imágenes técnicas.

Capítulo 1. Asuntos contextuales: paisajes y territorios según la mirada del capitalismo extractivista en *El vasto territorio*

La primera justificación a la cual nos enfrentamos, quizá, tenga que ver con la selección de palabras al momento de definir el título de este capítulo. ¿Por qué utilizar el término “paisaje”, a pesar de que la misma novela instala la noción de territorio? Se nos ocurren varias respuestas, aunque las primeras son, a lo menos, tres. En primer lugar, pensamos de inmediato en María/Rosario Montero Prieto y su libro *Una línea marca el horizonte: fotografía contemporánea del paisaje en Chile (2022)*. La referencia tiene que ver, por supuesto, con el problema de la imagen. Tanto el paisaje como el territorio han sido parte de la nomenclatura de las artes visuales, así como también de la cartografía como de la geografía. Lo curioso es que ambos términos suelen utilizarse como sinónimos, especialmente en el ámbito de las artes visuales, no así en el caso de la cartografía y la geografía. Probablemente, la cercanía se deba a su fundamento escópico: tanto los paisajes como los territorios proponen una perspectiva específica, situada en cierto lugar donde la mirada pueda proyectarse en función de lograr un encuadre. Así lo contempla el paisaje pictórico, como también ocurre con los territorios delimitados a lo largo de un mapa político. El imaginario de los paisajes/territorios es, elementalmente, visual, y si bien hay otras percepciones de por medio, todas estas se encuentran afectadas por la hegemonía ocular.

Es en base a esta discusión que el capítulo “De los múltiples significados de paisaje: recorridos y estrategias de designación” arranca. A partir de un diálogo entre artistas e intelectuales, la autora nos aproxima poco a poco a una relación dialéctica entre paisaje y territorio, una especie de intercambio semántico, donde los dos conceptos parecieran ir constituyéndose a la par. Por un lado, la autora recoge la definición de W. J. T. Mitchell en torno al asunto, quien señala que el paisaje es un medio dinámico, donde las dimensiones ideales de lo pictórico —un paisaje armonioso, simétrico, iluminado—, dialoga con las propiedades reales de un territorio, generalmente situadas en lo yermo, lo salvaje, en aquello que aún no ha sido afectado por la técnica. Tal definición nos permite pensar en el paisaje no solo como un horizonte propio de las bellas artes, sino también como un “lugar simbólico que representa la tensión entre cómo se percibe un lugar (realidad) y cómo se imagina (como un espacio ideal)” (Montero 44).

Por su parte, el concepto de territorio pareciera ser mucho más concreto, ya que la autora, al recurrir al origen germánico de la palabra (*landshaft*), nota que el término mantiene una relación genealógica con los espacios ocupados: “la noción de *landshaft* implica un territorio que se habita, se trabaja y se modifica” (49). De algún modo, podríamos decir que esta forma de comprender nuestra relación con la tierra se encuentra al interior de los paisajes. A pesar de su relación con lo bello kantiano, de acuerdo con Mitchell, un paisaje formaría parte de un largo proceso de instrumentalización, donde los lugares naturales, generalmente inhóspitos, comienzan a ser modificados por el ojo técnico a partir de la representación. Aquella transición entre una perspectiva exterior, que mide las extensiones del paisaje, para luego habitarlas a modo de propiedad territorial, implica acaso una de las primeras violencias provocadas por la presencia antrópica. Por ello, nos interesa la definición que la autora recoge de David Delaney, quien nos describe al territorio “como tierra ocupada por la violencia, como lugares donde las limitaciones y las fronteras son negociadas o impuestas por una comunidad determinada” (51).

Ahora, si bien esta discusión sugiere caminos críticos en torno a *El vasto territorio* de Lopez Trujillo, es necesario encauzar aquellas rutas hacia la estructura y la trama de la novela. Por ello, recurramos ahora a nuestro texto fuente. Apenas en la primera página, el libro provoca nuestra atención por medio de una escritura confusa, en primera instancia porque se encuentra impresa en letras cursivas, representando así una especie de habla secundaria, un lecto negativo, acaso, uno extraviado en las profundidades de un sueño febril o de una experiencia mística. La aseveración, por supuesto, encuentra sostén en el contenido de los párrafos, ya que, al leerlos, nos damos cuenta de que la novela ha iniciado *in medias res*, o al menos en una especie de tiempo fracturado, ya que, Pedro, uno de los protagonistas, se encuentra ya en medio del coma inducido por el hongo, esto a pesar de que el acontecimiento catastrófico aún no ha ocurrido. Por lo tanto, el personaje, transformado ya en Pedro el Vasto, nos dice lo siguiente:

*Diría que abrí los ojos, pero no estoy seguro. No diría que desperté. Mirado atrás, el sueño fue como meterse a una tetera. Esperar el hervor girando desvanecido en burbujas que pujan hasta el ruido. Todas juntas éramos. Abrí los ojos y vi, claro, pero nada se veía igual. Dios sabe si hay más verbos para referirse a estas cuestiones.*⁵ (López Trujillo 15)

La relación de este párrafo con el aparato crítico que introdujimos es, en principio, evidente, pero no por ello sencilla. Naturalmente, lo que estamos percibiendo a partir de

⁵ Cursiva en el libro.

la escritura consta de la construcción de un paisaje, aunque tal aseveración podría aplicarse a cualquier texto narrativo y/o de otro tipo. En su mayoría, la literatura intenta trazar los lugares donde va a acontecer, aunque en este caso, me parece que la relación entre narración y paisaje se vuelve más simbólica. Llama la atención, antes que cualquier cosa, la insistencia en la dimensión visual por parte de la novela, ya que este sentido ocupa un lugar central en el ámbito paisajístico. Mientras las extensiones de un espacio realizan su trayecto de expansión, subliminalmente, la operación creativa de la mirada maquina su forma, su alcance, su contorno. Cada vez que el texto refiere un objeto, nuestra mente construye diferentes planos pictóricos, figurativos, etc, puestos en relación con otros campos, saberes y memorias. Pero nuevamente, en este caso particular, la puesta en marcha de la perspectiva presenta un problema. Pedro menciona que abrió los ojos, pero que no se encuentra seguro.

¿De qué trata esta dificultad? La respuesta inmediata es que la ceguera parcial que nos describe el texto se debe a las condiciones oníricas del relato. Todos los sucesos que están ocurriendo en medio de las “visiones fungi” que acosan a Pedro durante su coma están, probablemente, vedados para su consciencia, así como lo está la estructura cronológica de un sueño para quien despierta luego de un sueño atribulado. Esta conclusión, digamos, es satisfactoria, pero aun así quisiera ahondar en dos posibles coyunturas. Si volvemos a la problemática que propone el concepto de paisaje, la disminución del campo de visión podría aplicar tanto a la dimensión real del paisaje (su percepción) como a su dimensión ideal (el imaginario). Quizá, la inseguridad respecto a la mirada no tenga que ver tanto con un asunto escópico, sino más bien, con que lo visto es imposible de abstraer, de proyectar en el tiempo. Luego de la incomodidad, Pedro nos señala que ha mirado atrás, hacia un sueño pasado, a pesar de que este se encuentre en pleno desarrollo. Para darle un orden lógico, la narración realiza analogías con objetos comunes, tales como una tetera burbujeando, pero el imaginario material también parece dislocado: luego de la descripción táctil de la tetera, asociada a su temperatura, el texto nos conduce al campo de los sonidos. Acaso, otro imposible para el futuro: la sinestesia solamente acontece en la experiencia misma, es muy difícil imaginarla. De alguna forma, pareciera que la novela está anticipando uno de los conflictos medulares de la trama: en la imposibilidad del futuro, en el fin de la representación, en la aparente falta de palabras para referirse a las visiones, estaría ocurriendo el propio colapso de los paisajes, de

aquellos capaces de mirar, que, en su ausencia, conducirían a la ruina del mundo o al menos de uno en específico.

Sobre esto último, habría que hacer hincapié en la relación intrínseca que mantiene lo visual con nuestra percepción de mundo, ya que es de aquel imaginario del cual estamos hablando. Por ejemplo, José Luis Brea en su “Cambio de régimen escópico” (2012) nos señala que nuestra civilización está estructurada predominantemente en lo que él llama episteme escópica: “la estructura abstracta que determina el campo de lo cognoscible en el territorio de lo visible” (Brea 47). En términos sencillos, nuestras sociedades estarían construidas en el supuesto de una síntesis, donde las imágenes y los saberes estarían aunados de forma inseparable. Es decir, la sola percepción de la dimensión icónica, figural, etc, implicaría su inmediato conocimiento y, en consecuencia, su clausura.

Al igual que en la dinámica entre paisajes y territorios, la percepción de un campo delimitado implicaría la aparición de su contorno. Gracias a esto es que la violencia de la cual habla Delaney logra acontecer. En una visión clara, una contraria a la que padece Pedro, los posibles significados virtuales de una imagen quedan absolutamente expulsados. La claridad implica iluminación, por lo cual, las posibles sombras de una figura mal dibujada desaparecen. En la visión de Pedro, si fuera el caso, no sería necesario acudir a analogías y a otros procesos retóricos. Habría una palabra para cada fenómeno, la escritura del párrafo, en vez de una exploración, se volvería un sistema rígido; el paisaje sería un horizonte posible. Pero, por suerte, *El vasto territorio* no contempla esta forma de mirar. En los ojos de Pedro el Vasto, abiertos y cerrados al mismo tiempo, todo se revela mezclado, confuso, pero debemos comprender que tal experiencia solo es posible en la medida de que Pedro, habitado por un hongo hostil, ha dejado de mirar como lo hacen los seres humanos. Su trascendencia y desaparición en la infinita red del mundo fungi-vegetal implica que una mirada no antrópica pueda existir.

Ahora, antes de profundizar en este último asunto, habría que mencionar que el paisaje onírico de lo vasto no es el único espacio que aparece en la novela. Al seguir el avance de la narración, nos daremos cuenta de que los territorios son bastante variados, los cuales cambian incluso geográfica y geopolíticamente. Al menos, la primera certeza que tenemos delante de esta multitud de lugares es que el concepto de paisaje se vuelve mucho más difícil de aplicar, ya que ahora no se trata de lugares inhabitados -al menos por agentes antrópicos- o que están dispuestos delante de una mirada escrutadora, sino

todo lo contrario. Los territorios de *El vasto territorio* están repletos de dinámicas demográficas, violencias políticas-estatales y otros sucesos propios de la historia de nuestro país, los cuales son muy difíciles de enmarcar, no solo por la complejidad de cada hito, sino también por la estructura no lineal, fragmentaria y polifónica/coral de la novela. Por lo tanto, quisiera referirme a estos fenómenos a partir de algo más objetivo, lo cual corresponde con la estricta pauta capitalista que atraviesa a la novela, afectada por algunos procedimientos de explotación natural que son, en realidad, bastante específicos. Iré introduciendo la naturaleza de estas prácticas instrumentales durante el análisis de la trama.

Continuando la línea argumentativa de nuestro análisis, la relación primaria que se mantiene tanto con los paisajes como con los territorios es de orden visual. Por lo tanto, habría que identificar qué perspectiva escópica utiliza aquella pauta capitalista al momento de instalarse en los espacios vegetales-animales. Por ello, utilizaremos el libro *La zona extractiva: ecologías sociales y perspectivas descoloniales* (2021) de Macarena Gómez-Barris, quien propone al menos dos conceptos que nos serán de mucha utilidad: nos referimos a la visión antrópica (31) y al término de zona extractiva (13). Por supuesto, el paisaje/territorio que hemos abordado anteriormente es, derechamente, un plano no antrópico, incluso posthumano, a propósito de la disolución del sujeto durante las alucinaciones fúngicas, pero como veremos, en el resto de la novela, la mayoría de los espacios demuestran una fuerte presencia humana, con todos los elementos simbólicos e ideológicos que ello implica. Es decir, cuando observemos aquellos territorios devastados por el extractivismo forestal, o bien, los paisajes naturales que Giovanna explora junto a un grupo de científicos, notaremos que la “presencia” antrópica consiste, más bien, en su forma de organizar lo que aparénteme se encuentra desordenado, sumido en la caótica sombra de lo salvaje, contraposición directa del espacio civilizado. Quizá, lo que está ajeno a la civilización no alcanza, si quiera, la categoría de paisaje o de territorio.

Volvamos, entonces, a *El vasto territorio*. El primer encuentro con la devastación natural es misterioso y está repleto de preguntas. Patricio, hijo del protagonista, recorre los bosques de Curanilahue con la ayuda de un palo. El trayecto pareciera estar imbuido de cierta cotidianidad, o al menos, pareciera estar bajo el peso de cierta responsabilidad, ya que, luego de subir a una colina, Patricio logra ver los avances de la forestal en la cual su padre trabaja, el cual pareciera cambiar cada mañana. Ante eso, su memoria despierta un diálogo con su hermana pequeña: “¿Te acordai de esa caminata a Trongol Alto, (...)”

barata? Esa lenta humedad en las mejillas, el olor a musgo, (...) los pies chupados por el barro, la urticaria de tobillos en la ortiga y los susurros de los peumos ocultando zorros y pudúes” (López Trujillo 53). Lo primero que llama la atención en este pasaje es la multitud de elementos que constituyen el territorio. Todas las experiencias sensoriales que recorren el detalle de las cosas son directamente proporcionales a la complejidad de cada objeto natural: humedad, musgo, barro, ortigas, zorros; todos estos cuerpos provocan la evocación de un sentido puesto en marcha, en un tiempo y en un espacio específico. Es muy difícil imaginar a los pudúes abandonados en un espacio vacío. Al contrario, el imaginario animal pareciera exigir su puesta en relación con el entorno. Los zorros recorren un suelo repleto de hojas, malezas, hongos, musgo, y sus pasos no solo despiden aromas específicos, sino que también provocan sonidos, los cuales articulan una experiencia plena en relación con el ruido total del bosque. De aquí, entonces, otro fenómeno fundamental: el recuerdo de Patricio, al contrario de la dimensión bella y/o monstruosa de los paisajes, se encuentra en constante movimiento, ya que la propia experiencia sensorial nos empuja a un imaginario dinámico, repleto de cambios y transformaciones.

La razón por la cual señalo esto, es que el paisaje observado por Patricio desde la colina está en absoluta tranquilidad, y este solo pareciera cambiar cuando no hay nadie quien le mire. Esto pareciera aplicar también a los trabajadores de la forestal, quienes, sumidos en una repetición permanente, pierden el horizonte de su fuerza laboral. Pedro, al relatar sus primeros días al interior de la forestal, nos menciona lo siguiente:

Escuchaba las risas en torno y se dejaba sacudir por el viento que alejaba el calor del bosque, que movía las ramas de pinos y eucaliptos y daba sombra fresca” (28), para luego, mencionarnos en unas cuantas páginas más adelante, “Buscaba un tocón amable o un tronco que diera sombra. El suelo cubierto de hojas mustias, ocre, crujendo a cada paso. (...) el calor parecía subir desde el suelo. (...) el bosque tiene rabia y le irrita la gente (39).

Si bien la breve distancia entre estos dos hitos de la trama no tiene por qué ser símbolo de su tiempo interno, me parece que al menos sugiere la disposición entre estas dos situaciones. Dado el carácter fragmentario de la novela —que ya de por sí es un gesto sobre el tiempo—, no nos queda muy claro qué es lo que ha hecho que el bosque se haya transformado en un lugar así. Más bien, desde nuestra lectura asociamos aquella destrucción lenta a la maquinaria del extractivismo, en la medida de que la tala de árboles es el único suceso que ocurre en su interior. Y esto último es, quizá, lo más importante al momento de identificar los modos con los que el capitalismo afecta al entorno natural:

como contrapunto a los recuerdos animales-vegetales de Patricio, el avance forestal homogeniza los fenómenos sociales al interior del bosque. Ya no hay relaciones ni redes de experiencia. Más bien, es una sola práctica la que representa nuestra relación con los árboles. Por esto, a nuestro parecer, es que es posible imaginar el acto de talar como una imagen icónica, detenida en el tiempo, dispuesta en un folleto explicativo sin ningún otro elemento con el cual dialogar.

De esto se trata, entonces, lo que Macarena Gómez-Barris refiere como la visión extractiva:

Esta mirada ve territorios como mercancías, convierte la tierra en recurso, desvaloriza los mundos ocultos que forman el nexo entre la multiplicidad humana y la no humana. Este punto de vista, similar a la mirada colonial, facilita la reorganización de territorios, poblaciones, plantas, animales, en recursos naturales y datos extraíbles para la acumulación material e inmaterial. (31).

Son muchos los elementos que exigen nuestra atención. En primer lugar, el carácter mercantil de los objetos nos otorga una respuesta sobre la desaparición del mundo social de los animales y los cuerpos vegetales. Sin profundizar demasiado a la definición clásica de Marx, las mercancías son bienes producidos por el trabajo antrópico, aunque también los servicios que entregan los humanos, tal como lo es la propia fuerza laboral, alcanzan esta categoría. Estos objetos económicos estarían constituidos por dos dimensiones dialogantes, las cuales permiten la transformación de la materia prima en manufactura: el valor de cambio, lo cual permite que las mercancías sean intercambiables a modo de equivalencia de valores, y el valor de uso, quien se encarga de satisfacer alguna necesidad o deseo humano a partir de funcionalidades sociales o de uso privado; es decir, gracias a esto, la mercancía logra alcanzar el afuera de los productos, en pos de una masa de compradores que representan la demanda.

Esta breve aproximación al concepto de mercancía debería ayudarnos a comprender que las relaciones sociales de los objetos —en este caso, la madera de los árboles— no han desaparecido, sino que la maquinaria capitalista las ha intercambiado por otro tipo de contacto, en tanto las lógicas civilizatorias exigen cosas diferentes. Las relaciones materiales que se daban entre los animales y las plantas, entre el musgo y los árboles, han sido reemplazadas por las relaciones virtuales de los objetos económicos, los cuales acontecen en los datos numéricos que representan la acumulación de capital. Es decir, ocurren simbólicamente, ocultos en el plano estadístico, más no en el plano

inmediato de la extracción. De ahí, entonces, la experiencia dislocada de Patricio y Pedro, quienes no logran relacionarse directamente con la devastación natural.

Ahora, cabe decir que, si bien la disputa de valores ocurre en un plano virtual, técnico, sus consecuencias sí acontecen materialmente en nuestro mundo. El ejemplo directo lo propone la propia novela, la cual detalla un macabro encuentro entre Patricio y un animal muerto:

Entre los árboles, una vaca muerta. Patricio se acercó a inspeccionarla detenidamente (...). Tenía la quijada rota, desprendida como un trozo de charqui de la cara. La piel sellada contra el hueso. La cuenca de un ojo guarecía una familia de moscas (...) Le enfermaba que la vaca no tuviera olor (...) Más bichos y pájaros muertos. Era como si la hectárea entera fuese barrida por una taxidermia que borrada los recuerdos. (...) Un hedor a polvo y eucalipto llenaba las narices. (López Trujillo 54)

En coherencia con las cosas que hemos señalado, el pasaje de *El vasto territorio* es sumamente sugerente. Así como Patricio imaginaba animales en movimiento, ahora sus ojos perciben, como lo haría un lente maquínico haciendo *zoom* a una imagen, un animal en total quietud. La muerte aparece como la confirmación de un modelo que restringe los sentidos, que restringe la percepción de las cosas, y en consecuencia, prohíbe su representación. El hecho de que el cadáver no expulse olor, más allá de las condiciones climáticas que secan y rostizan cuerpos como verdaderos hornos, implica también la imposibilidad de una relación entre dos cuerpos animales. Lo mismo con el resto de los animales desperdigados por el campo. Su indeterminación numérica nos ayuda a construir un paisaje mental, donde los cadáveres se extienden indefinidamente, tal como lo hacen las crujientes de un bosque en otoño. Ya no hay zorros ni pudúes haciéndolas sonar. Ya no tiene sentido el adjetivo “crujiente”. Son solo cosas informes, invisibles, acaso, en la medida de que también solo existe una forma de percibir el entorno. El polvillo de los árboles talados es lo único posible de notar, en la medida de que la devastación, el avance de un territorio repleto de obreros moribundos, inunda todos los espacios posibles.

Esto sería, entonces, con lo cual Gómez-Barris cierra su teoría a propósito de los métodos con los cuales el capitalismo extractivista realiza sus encuadres. Aquello que queda a disposición de la visión extractiva, lentamente, pasa a tomar la forma de una zona extractivista: “me refiero al paradigma colonial, la cosmovisión y las tecnologías que destacan regiones de ‘alta biodiversidad’ para reducir la vida a recursos de conversión capitalista” (13). Todas las formas de vida que habitan una extensión territorial rica en

materias primas terminan siendo aplastadas por la zona extractiva, no solo por el carácter homogeneizador que mencionamos, sino también por prácticas concretas, donde las fuerzas policiales-estatales colaboran con la expulsión de poblados enteros, en función de que los procesos de extracción no tengan ningún obstáculo. La propia novela nos instala en aquel lugar, ya que esta señala brevemente, a partir de los recuerdos infantiles de Pedro, la expropiación de sus tierras por parte de la dictadura militar, quienes no satisfechos con dejar sin hogar —material y simbólicamente— a una familia campesina, también se ensañan con el perro de Pedro, el cual es fusilado contra una pared. (López Trujillo 32).

La introducción del concepto de zona extractiva en nuestro hilo argumentativo nos retrotrae a la relación entre territorio y violencia, donde el primero está compuesto tanto por elementos excluidos como incluidos en su interior. En este caso, pareciera que la relación se da entre dos territorios, uno que amenaza con la invasión de una tierra —en el sentido de propiedad— y otro que sufre el nuevo orden simbólico y afectivo que conlleva la dominación. Es decir, es posible que algunos territorios se propaguen por sobre otros, observación que nos será muy útil en las etapas próximas de nuestra investigación, donde notaremos que el comportamiento del hongo es, también, expansivo, amenazando con ello los límites y contornos del territorio antrópico.

De todos modos, lo que queríamos señalar con esto es que la trama nos conduce, de una forma u otra, a la noción de colonialismo interno, propuesta por el sociólogo Félix Patzi para explicar los procesos de exclusión que ocurren al interior de los estados, generalmente a partir de criterios raciales, de género y/o de clase. Los alcances de este concepto y la pertinencia de su uso serán abordados en el siguiente apéndice, donde pondré en discusión estas experiencias latinoamericanas bajo la noción de Capitaloceno, el cual nos ayudará a comprender que las prácticas especistas del género humano no son inherentes, más bien, son el testimonio de la hegemonía capitalista a la hora de percibir nuestro mundo.

1.2. Capitaloceno: una relación colonial con las forestales

La razón por la cual introducimos el concepto de Capitaloceno en el análisis antes que el de Antropoceno, se debe a una especie de advertencia que instala la propia novela. Dado el contexto postdictatorial en el cual transcurre *El vasto territorio*, además de las disputas territoriales entre pueblos indígenas y empresas forestales-celulosas, sabemos de

primera mano que los conflictos están ambientados y situados en las contradicciones que genera la acumulación capitalista en las diferentes zonas extractivas. Las primeras víctimas de la devastación natural, aparte de las plantas y los animales muertos, son trabajadores que se dedican a la tala de árboles, quienes sostienen la producción forestal bajo una serie de precarizaciones laborales. Esto queda en evidencia en el siguiente pasaje, momento en el que Giovanna, la otra protagonista de la novela, es citada por una planta extractivista a modo de reguladora laboral:

El prevencionista (...) le pidió tomar asiento frente al escritorio donde tenía su computador (...) Giovanna siguió el movimiento del cursor hasta la carpeta que contenía boletines del último semestre (...): trabajador fallece al ser atrapado por astillador chipper trabajador fallece en choque de vehículo trabajador sufre amputación traumática dedos mano izquierda al cortar madera con trozador (...) (López Trujillo 91)

La lista de accidentes en la planta forestal es enorme, ocupa casi la totalidad de la hoja, y esta solamente se haya diseccionada gracias a que el operador encuentra el archivo que buscaba, aquel que indica a los infectados por el hongo *ganoderma lucidum*. Lo que queremos señalar con esto es que, si bien en el contexto social de la novela, quienes ejecutan y perpetúan la violencia siempre se encuentran ocultos tras la estructura empresarial, en la escritura estos se revelan por medio del régimen capitalista que posibilita las diferentes dinámicas del texto. Desde la catástrofe ambiental que se desarrolla a lo largo de la trama, hasta las incontables muertes de seres humanos, animales, insectoides, plantas, etc, todas se encuentran bajo el encuadre del Capitaloceno.

La lista de heridos y muertos que acabamos de señalar es una de las tantas formas que ocupa la novela para representar la transformación de sujetos en mercancías, en la medida de que aquella lista podría ser reemplazada, perfectamente, por un inventario de materias primas extraviadas durante una jornada laboral. La relación entre la clase dominante de las forestales con las fuerzas de producción no solo es deshumanizante, sino también inorgánica, ciega ante la biodiversidad que habita en los territorios devastados por la expansión industrial, además de ignorar los diferentes fenómenos de exclusión que se desprenden de la explotación, tales como la aparición de sujetos racializados, el empobrecimiento del colectivo de trabajadores, la interrupción de infancias a partir del trabajo temprano y un largo etcétera.

Continuando con el análisis, quisiéramos seguir enfocados en Giovanna, ya que, al ser una intelectual con un espacio en la academia científica (Doctorante en micología

en la Universidad de Manchester), esta logra encontrarse de forma más directa con los agentes del poder capitalocénico. En la primera parte de la novela, dedicada principalmente a comprender la profundidad de las futuras problemáticas que enfrentará la trama, tenemos la oportunidad de observar el interior de una de las tantas libretas que Giovanna ocupa, sea para llevar nota de sus lecturas, o bien, para registrar algunas observaciones aleatorias. En esta ocasión, notamos que la novela nos aproxima a lo segundo.

Los diferentes fragmentos del cuaderno nos hablan de un trayecto que Giovanna, en otro tiempo, recorrió a partir de una serie de pistas fúngicas. La protagonista, junto a Andrea, su pareja, persiguen los rastros de un hongo conocido como “caca de duende”, aunque su nombre científico es *Guepiniopsis Heliofugus*. La alusión a la caca de duende guarda relación con los mitos que recorren los bosques de Curiñanco, ya que esta sería la huella característica del paso del Trauco. Desconocemos como lectores si acaso Giovanna y Andrea conocían esta historia de antemano. Lo más probable es que sí, dada su afición a la micología, pero lo relevante es que el trasfondo mitológico adviene a partir de Don Carlos, el cuidador de la reserva natural donde las científicas llevan a cabo su trabajo. Quizá, esto se deba a la fisura temporal que significan las tradiciones frente a las propiedades inamovibles de un parque nacional.

De acuerdo con lo observado por Andrea Staid en su *Ser naturaleza* (2023), la construcción de parques naturales a lo largo de Latinoamérica y África tendría que ver, así como le ocurre al extractivismo, con las influencias coloniales que se arrastran desde el siglo XV, momento donde la mirada imperial vino a propagar su modernidad en las supuestas tierras salvajes de nuestro continente. El capitalismo supone que la biodiversidad en zonas ricas en recursos naturales representa una forma del caos, del desorden estructural. Por lo tanto, la instalación de maquinarias y de lineamientos específicos de explotación terrestre guardaría relación con la fijación de un orden, de una engañosa claridad arrojada por los sistemas lineales de comportamiento humano. Del mismo modo, la “limpieza” que se lleva a cabo en extensiones territoriales con el fin de preservar la naturaleza tendría que ver con la misma perspectiva de control colonial:

Las áreas de “naturaleza incontaminada”, (...) fueron vaciados de habitantes, mientras las tierras aledañas a estas reservas fueron destinadas a la extracción intensiva. (...) Nos encontramos frente a una gran paradoja (...) para “salvar” un bosque (...) se elimina la posibilidad de que los habitantes ancestrales de aquellas tierras continúen habitándolas (Staid 39)

Es sumamente interesante indagar en el funcionamiento de las reservas naturales bajo la lógica del Capitaloceno. Tal como señala Staid, el territorio donde Don Carlos, Giovanna y Andrea se encuentran parados, está absolutamente deshabitado. Es más, la presencia antrópica está fuertemente regulada, ya que, inclusive, el cuaderno donde la protagonista anota sus observaciones es ingresado a modo de contrabando. De algún modo, la separación entre las zonas extractivas, las cuales rodean la casa de Pedro y sus hijos, y las zonas de cuidado ambiental, nos indica que estos dos territorios transcurren en tiempos distintos, ya que, tal como vimos anteriormente, las violencias que constituyen los contornos territoriales están dictaminados por la agresividad de las políticas de exclusión e inclusión. Casi a la inversa, los parques naturales estarían excluyendo la presencia antrópica para incluir una suerte de oasis vegetal-animal, donde la experiencia temporal, acelerada por la técnica capitalista, aun no encuentra lugar donde acontecer.

Es decir, el tiempo, bajo la ausencia de la explotación terrestre, se encontraría casi detenido, lo cual permite, por ejemplo, la contemplación paisajística, acción que lleva a cabo Giovanna al interactuar con los troncos de los árboles: “Toco el tronco con el dedo. Le confío mi secreto, lo raspo y pienso en braille. Seguimos el sendero conversando sobre la posibilidad de una lengua gráfica, un idioma del ojo más que del oído.” (López Trujillo 51). La visión capitalocénica nos señala que los afectos propios de la contemplación solo son posibles gracias a la nula presencia antrópica, lo cual, hasta cierto punto, es cierto. La falsedad de la premisa se encuentra al inicio de los intereses coloniales: los habitantes ancestrales del bosque no corresponden a la presencia antrópica que nos expulsa de los paisajes, ya que el propio capital ha decidido expulsarlos de la categoría humana. Más bien, estos componen el entramado social de la naturaleza, aspecto al que también estamos sujetos, no solo porque cada uno acontece en la naturaleza y no fuera de ella, sino también porque nuestra identidad está compuesta por los niveles de productividad que podemos aportar. El Capitaloceno ha hecho de la experiencia vegetal-animal una especie de milagro, situado únicamente en los lindes de la productividad. De ahí que nuestro encuentro con los accidentes geográficos sea, solamente, en los periodos dedicados a las vacaciones.

Por último, quisiera apuntar un par de eventos que sufre Giovanna a lo largo de su recorrido por la zona sur de Chile, los cuales están relacionados, precisamente, con aquella población expulsada de sus territorios por la acumulación capitalista. Apenas al inicio del conflicto central de la novela, esto es, la expansión descontrolada del hongo,

Giovanna es citada de urgencia en el Hospital Provincial de Curanilahue. Al llegar, la micóloga descubre que el asunto es sencillo, pero en extremo preocupante. Luego de mirar unas imágenes extrañas, compuestas por una serie de datos médicos, Giovanna se entera que Pedro, a pesar de estar repleto del hongo *ganoderma*, ha sobrevivido. Ciertamente, quisiéramos dedicar algunas páginas a este asunto más adelante, pero ahora, lo que más nos llama la atención es el viaje que la científica hace desde su casa hasta el hospital. No lo mencioné en un principio ya que, como ocurre en la novela, el fenómeno ocurre en segundo plano, casi de forma decorativa. El pasaje señala lo siguiente: “Bajo el azul que precede al amanecer, condujo hasta Curanilahue. (...) entonces pasó delante de dos camiones incendiados, que asemejaban cadáveres de paquidermos apostados a un costado de la carretera” (López Trujillo 61).

Lo más importante es, probablemente, la aparición espontánea de los camiones. Sabemos, por asuntos extratextuales, que la quema de camiones tiene que ver con las disputas de terrenos entre colonos, indígenas y empresas forestales (en su mayoría, al servicio de los primeros) en la macrozona sur de Chile, pero lo correcto sería indicar que el texto no nos da ningún tipo de referencia, más que el nombre del territorio donde transcurren las cosas. ¿Por qué? Al no haber marcas textuales, nuestra lectura debe sostenerse en la mera especulación. Quizá, la aparición en segundo plano de sujetos subalternos en resistencia tenga que ver, precisamente, con la expulsión de los cuerpos indígenas y/o proletarios de los marcos de producción capitalista. Al no permitir que estos sujetos habiten sus tierras, les es posible transformarlos en mercancías en constante viaje, en una permanente circulación. Esto, tal vez, tenga que ver no solo con la forma en que aparecen los rastros de la resistencia organizada, la cual solo se manifiesta en carreteras, caminos, en lugares dedicados al transporte y no al hábitat, sino que también podría darnos algunas respuestas a propósito de los sujetos expulsados: de algún modo, al estar fuera del marco de representación del capital, estos solamente pueden existir como mediadores de las diferentes crisis cíclicas que el capitalismo contempla luego de su expansión. De ahí, entonces, que la científica relacione la imagen de los vehículos con cadáveres de paquidermos. Los animales muertos al borde de la carretera son un referente icónico en nuestra cultura, no solo por la enorme cantidad de atropellos, sino también porque las zonas de sacrificio, al requerir de territorios inhabitados, suelen estar apostados a las carreteras. Los animales, al igual que la clase indígena proletaria, solo existen en la explotación capitalista como fuerzas de producción. Y cuando se trata de violencias

contestatarias, no vemos cuerpos, rostros, más bien, vemos multitudes, protestas, y por supuesto, víctimas, la mayoría resumida en enormes listas de heridos sin ningún tipo de referencia.

De esto trata otro evento en el cual Giovanna se ve involucrada. La micóloga se encuentra en Chile porque ha decidido montar un grupo de investigación que recorrerá una zona protegida de Punta Arenas, esto con el propósito de encontrar nuevas especies fúngicas. Luego de conseguir los utensilios necesarios, tales como carpas, una guía que conoce la zona, transporte, etc, la protagonista decide volver a casa para avisar en Manchester que todo está listo. Pero, de pronto, otra vez en medio de una carretera, Giovanna se encuentra de frente con una protesta:

Con la ansiedad hirviendo, Giovanna deslizó despacio el auto por entre los manifestantes y las barricadas (...) los pacos empezaron a apuntarles, a media altura, a quienes llevaban en la calle desde temprano. (96-97)

Nuevamente, la violencia estatal transcurre como telón de fondo. Los heridos existen, pero estos se encuentran desprovistos de individualidad. La misma Giovanna, ajena a las revueltas populares, se encuentra disuelta en aquella multitud donde la policía descarga sus armas de control. Aunque el evento no llega hasta ahí. La micóloga, al llegar a su casa para contactar a sus colegas, revisa las noticias repartidas en redes sociales. Descubre, entonces, que la protesta se realizaba frente a una planta forestal-celulosa, ya que, aparentemente, los culpables del asesinato de un niño de la zona eran los altos ejecutivos de la industria:

Un video relataba el hallazgo de un niño de ocho años colgado a las afueras de Vilcún. (...) Martín Millacura tenía los ojos negros, que llevaba una mochila del Hombre Araña que encontraron llena de pierdas, que los zapatos tenían signos de haber sido colocados a la fuerza, que en la ropa interior se hallaba sangre y restos de orina y materia fecal, (...) que su padre había sido detenido recientemente, acusado de intentar quemar una comisaría en Padre las Casas, que la madre se había encadenado al juzgado local (López Trujillo 98)

Quisimos recoger las diferentes vejaciones que sufre el cuerpo de Martín no por un asunto escabroso, sino porque el detalle de la violencia estatal y de clase, a modo de denuncia, adquiere cierta densidad subjetiva. A diferencia de la perspectiva capitalocénica, el cadáver de Martín, así como también su cuerpo aun vivo, están situados en un tiempo y en un espacio determinado. Y, es más, su muerte se revela imposible de archivar, no solo por el sadismo y la crueldad, sino también porque existen otros sujetos conectados. Además de tener un nombre, la víctima también corresponde con una

genealogía, un sistema familiar que desencadena nuevas violencias, nueva resistencia, y por supuesto, nuevas destrucciones. La reacción de Giovanna ante la noticia es, claro está, inconexa, apenas equivalente. Solo se limita a compartir la noticia acompañándola de un *hashtag*. Cabe decir, de todos modos, que esto no implica una suerte de complicidad por parte de la micóloga, tampoco significa que Giovanna sea una sujeta cuestionable en términos morales. Al contrario, su reacción es la que el propio capital permite en su extensa red de control, la cual alcanza los propios mecanismos de información y divulgación. La conmoción al leer la noticia, la cual queda disuelta más tarde en la experiencia doméstica, corresponde al colapso de la experiencia en el contexto de nuestro siglo. Tal como señaló alguna vez Walter Benjamin (*El narrador*, 1936) en torno a la construcción cultural de los relatos, el día a día se ha vuelto inenarrable, en la medida de que el transcurso de la vida pública se encuentra mediada por un permanente shock. Es decir, somos incapaces de poner en el orden de la narración el tiempo contingente, porque el mismo presente pareciera estar en un estado de desborde, sea por la guerra, por el fascismo, o en este caso, por la inminente destrucción del entorno natural.

Capítulo 2. Horizontes apocalípticos: hermenéutica y escatología en Pedro el Vasto

Maurizio Ferraris (*¿Qué es la hermenéutica?*, 2000), en uno de sus libros introductorios al asunto, nos señala, al menos, tres cosas que son de nuestro interés. En primer lugar, que el arte de interpretar consistía, fundamentalmente, en una traducción de los mensajes de los oráculos para la humanidad (7). Este fenómeno trajo varias consecuencias: por ejemplo, la hermenéutica, al estar separada de la dimensión textual, no poseía un lugar central en la cultura griega. Componía el imaginario ritual, pero al basar su conocimiento en metodologías crípticas, así como cambiantes, esta se encontraba mucho más cerca de la *doxa*, es decir, de la opinión y de la experiencia (8). Otra consecuencia es que la necesidad inmediata del mensaje de los oráculos, esto en función de las decisiones urgentes de las polis respecto a su organización interna y/o externa, asociaba a la hermenéutica a una temporalidad regida por el presente. Es decir, desde la atemporalidad de los mitos, el mensaje adquiría sentido gracias a su entrada al flujo constante del tiempo. Solo ahí, la traducción se volvía posible, como si acaso los mensajes adquirieran materialidad al ser vocalizados por el intérprete. Por lo tanto, esto nos lleva al segundo punto relevante: gracias a la decadencia de la antigüedad griega, los oráculos fueron intercambiados lentamente por los manuscritos, ya que estos eran fundamentales para conservar a la población unificada bajo la expansión imperial de Alejandro Magno. En otras palabras, la expresión de verdad contenida en las revelaciones del intérprete, ahora, debían ser buscadas al interior de los manuscritos antiguos. Gracias a esto, el pasado, como entidad temporal, terminó por adquirir una figura mucho más robusta en términos de complejidad.

Continuando con la lectura de Ferraris, el giro filológico de la hermenéutica permite un:

primer esbozo de una filosofía de la historia, (...) ya no (...) concebida (...) según el modelo griego, como un círculo increatedo en el que las cosas están destinadas a repetirse eternamente, sino como una línea que inicia con el Génesis, pasa a través del sacrificio de Cristo y concluye en la resurrección. (9)

De acuerdo con el autor, lo que le brindó el cristianismo a la cultura occidental no fue solo un arquetipo temporal, sino también la posibilidad de imaginar tiempos ajenos a la experiencia directa, cronometrados no por un sistema numerado, sino, por un sistema alegórico, donde ciertos hitos de alto valor simbólico marcarían la transición de un umbral

epocal hacia otro. Esto, sin adelantarnos, será de gran importancia para comprender la estructura del tiempo escatológico, algo que Sebastián Bartina denomina progresión “acrónica” (297), lo cual se asemeja bastante con la propuesta temporal por medio de umbrales. La estructura simbólica de la progresión histórica está directamente correlacionada a la estructura de los textos, por lo cual, la hermenéutica tiene un rol muy importante al momento de materializar, nuevamente, los contenidos de las obras. Habría cierta correlación entre el mundo escritural y el mundo “real” o cosmológico, pero también habría que destacar las relaciones internas que se estructuran en las obras sagradas-literarias. Así como los diferentes libros de la Biblia judeocristiana profesan un fuerte cristocentrismo, así también la historia se estructura a partir de un cierre mesiánico. Del mismo modo que la aparición de Jesús en la historia permite un ensamblaje entre Adán y la especie humana, esto a propósito de la encarnación de Cristo como un “primer hombre”⁶, así también el mesianismo permite conectar los tiempos futuros y pasados bajo un horizonte teleológico. En la resolución de la historia, se resuelve también la verdad encontrada en los textos.

Por último y como tercer elemento, esta perspectiva sobre el devenir del mundo permite algo que, si bien no se encuentra expresado en estos términos, denominaremos como “actitud hermenéutica” o “episteme hermenéutica”, esto último a propósito de lo mencionado por Michel Foucault en *Las palabras y las cosas* (1966) en torno a las lógicas simbólicas de la episteme renacentista. Desglosemos esto de forma más detallada: durante el segundo capítulo titulado “La prosa del mundo”, Foucault, luego de enumerar cuatro formas en que el individuo renacentista se involucra con la realidad —*convenientia*, *aemulatio*, *analogía* y *simpatías*—, introduce un concepto que nos será de mucha utilidad al momento de identificar los modos en que los personajes perciben el transcurso de la devastación natural. Me refiero a la *signatura*, concepto que, según el autor francés, consiste en una escritura arcana, dejada acaso por el dios demiurgo que fabricó la existencia:

La semejanza era la forma invisible de lo que, en el fondo del mundo, hacía que las cosas fueran visibles; sin embargo, para que esta forma salga a su vez a la luz, es necesaria una figura visible que la saque de su profunda invisibilidad. Por esto,

⁶ Véase Romanos 5:18-19 (Trad. R.V): “Y así como el delito de Adán puso bajo condenación a todos los hombres, así también el acto justo de Jesucristo hace justos a todos los hombres para que tengan vida. Y así como el pecado reinó trayendo la muerte, así también la bondad de Dios reinó haciéndonos justos y dándonos vida eterna mediante nuestro Señor Jesucristo.”

el rostro del mundo está cubierto de blasones, de caracteres, de cifras, de palabras oscuras (Foucault 35)

Tal como asevera Foucault, las relaciones de semejanza que comparten las entidades de la realidad cosmológica, sean plantas, animales, artefactos, inclusive humanos, separados ya de la naturaleza por medio de la civilización, solamente son perceptibles a través de la intuición y/o de los sentidos. Sabemos que los peces están hermanados por el océano y los ríos (*convenientia*), que las construcciones antiguas espejean la posición de las constelaciones según el mapa terrestre (*aemulatio*), que la mirada antropocénica imagina los ríos como flujos de sangre (*analogía*), así como también que las cosas aparentemente se organizan a partir de estas similitudes, como palabras compactadas bajo el régimen de la sinonimia (*simpatías*), pero en estricto rigor, no hay ningún signo que nos indique tal unión. De ahí, entonces, el trabajo del hermeneuta. Así como el traductor antiguo interpretaba las palabras del oráculo, el hermeneuta renacentista debe encontrar existencias materiales, signaturas, de una escritura oculta, a modo de revelar la verdad. Es decir, gracias a esta forma de habitar el mundo, es que la realidad ha cobrado la forma de un texto abierto.

Ahora, la razón por la que hemos traído a discusión los componentes antiguos de la hermenéutica se debe a que estos tres elementos, a nuestro criterio, afectan la construcción de Pedro el Vasto, sea desde la comunidad religiosa que se articula a su alrededor, o desde la relación fracturada que mantienen sus hijos con la figura paterna. Así que vayamos paso a paso, deteniéndonos en cada uno de los pasajes de la novela que sean pertinentes.

Comencemos por la parte más obvia: la coronación de Pedro como mesías, así como la posterior fundación de sus palabras sagradas en un libro litúrgico. Respecto al título que recibe, “El Vasto”, la novela nos indica lo siguiente:

Vasto fue que lo llamaron y con su nombre bautizaron, luego, al territorio. Como dijo Pedro: ‘*Más vital que el nombre y la palabra, era la reconciliación. (...)*’. Así lo hicieron en un principio sus discípulos, reunidos en torno suyo como una hierba que busca el sol de un tronco caído. (78)

El pasaje que acabamos de citar no aparece en la trama principal de *El vasto territorio*, sino que se encuentra en los lindes del texto a modo de pie de página. La forma nos recuerda, de inmediato, a la escritura en los bordes que realizaban los antiguos intérpretes de textos sagrados; las llamadas glosas. Pero nos lo recuerda no solo por su estructura formal, sino también por su contenido. El pasaje mantiene cierto tono sacro,

configurado acaso como una advertencia para los integrantes futuros del culto, ya que el mensaje continúa así: “Pero no supieron atender su palabra herida. Ansiosos del secreto, como quien camina portando una vasija, de cabeza en cabeza lo trizaron y pusieron en su lugar palabras que inducían la separación” (78). Naturalmente, el registro del pasaje está fuertemente influenciado por los evangelios cristianos, los cuales tienen un enfoque principalmente alegórico, reflejado en las parábolas de Cristo. Es decir, ya en nuestro primer encuentro con las palabras sagradas de Pedro, sabemos que hay cierto contenido oculto, probablemente anagógico, esto es, místico, de orden espiritual.

Pero no debemos evitar en nuestro análisis la médula de la cita. En el relato de la fundación del mesías, existe una clara alusión al título de la novela. Es muy interesante como el concepto de vastedad, el cual porta propiedades físicas irrepresentables, ya que está relacionado a la noción de infinito o eternidad, está en directo contacto con el concepto de territorio, un espacio fuertemente delimitado, con un contorno claro, finito, y, además, repleto de violencias internas que permiten su existencia. En el paratexto o título *El vasto territorio*, pareciera coexistir una fuerte contradicción. Y, es más, las palabras de Pedro El Vasto son también llamativas. En este territorio vasto, lo que reina es la reconciliación. Nos preguntamos, entonces, ¿Cómo es posible, si quiera, que la propiedad territorial exista bajo esta lógica? Claramente, esto se vuelve un imposible bajo los marcos históricos y culturales de nuestra especie, sobre todo bajo el régimen de la mirada capitalocénica, la cual se fundamenta bajo prácticas de segmentación espacial.

Quizá, lo que la novela nos está indicando con esta primera limitación es que, necesariamente, para poder imaginar esta forma *otra* de mundo, debemos transitar de un régimen escópico, cultural y económico a otro diferente. Es decir, es necesario pensar las extensiones de este nuevo territorio desde los márgenes del Capitaloceno, ya que, como toda religión, el mensaje de Pedro El Vasto tiene la pretensión de traer hasta nosotros una nueva realidad, la cual expande o encoje los límites de nuestro mundo actual. Y en este caso, no debemos olvidar que las palabras de Pedro están contaminadas, literalmente, por un mundo no-antrópico, que no es otro que el del hongo *ganoderma lucidum*.

Volvamos, ahora, a las sospechas hermenéuticas que instala la novela. Según la lógica antigua de los oráculos, era de vital importancia la presencia de un traductor. Baltasar, el líder de la congregación, ocupa ese cargo. Las transcripciones que nacen de la atenta escucha de Baltasar, concentrado en la boca de Pedro, son realizadas de forma presencial. Las palabras del maestro, como asevera la novela, son confusas, roncadas (79),

por lo cual, la escritura de Baltasar adquiere propiedades creativas. Por supuesto, esta intromisión subjetiva de los traductores en las obras ajenas es común. Nos recuerda, además, que las traducciones no están solamente abocadas al sentido de las letras, sino también a su adaptación social y cultural. Pero lo importante aquí es lo siguiente: Baltasar no es un simple fanático, sino que es alguien que ha sido instruido en las metodologías exegéticas del sacerdocio católico.

La novela nos cuenta que el escriba “pasaba las tardes de fin de semana (...) en un cuarto al fondo de la parroquia, donde se abocaba por completo a su curso de gramática latina.” (López Trujillo 93). Y, aparentemente, su trabajo en el *Scriptorium* era de largo aliento, ya que este leía, con dificultad, hasta muy entrada la noche. Podemos concluir, entonces, que Baltasar poseía extensos conocimientos en torno a los sacramentos propios de una religión mesiánica. Esto nos ayuda a comprender la facilidad con la cual se articula el culto, ya que el intérprete no solo provee escrituras sagradas a la comunidad, bajo el título de “*Compendio de Pedro el Vasto*”, sino también un templo llamado “La puerta”, nombre que nos recuerda la percepción de los hermeneutas en torno al tiempo, modelado a partir de umbrales. Por último, Baltasar construye una ética asociada a la veneración de Pedro: “no se le miraba a los ojos, no se le hablaba, (...) se encargaban de cuidarlo, vestirlo, alimentarlo y prepararlo para sus sermones espirituales.” (80).

Otra cosa destacable sería que Baltasar pertenece a dos órdenes simbólicos que permiten la relación entre el hermeneuta y Pedro. En primer lugar, la novela pareciera sugerir una herencia mitológica de los relatos cristianos, ya que el nombre Pedro, el de su esposa María, el de Baltasar, forman parte de la imaginería de los evangelios. Además, el relato biográfico de Pedro es sugerente, esto porque en su infancia fue expulsado por militares de su terreno, siendo forzado, junto a su padre, al exilio y a la pobreza. Así también, Pedro y María en su versión bíblica, huyen de su hogar luego de la ordenanza de Herodes, quien organiza una matanza contra su pueblo a partir de una profecía, la cual indicaba el nacimiento de un nuevo rey. También, Pedro trabaja en una forestal, lugar donde es contagiado para luego renacer como mesías. Cristo, del mismo modo, dedica su vida secular a la carpintería, para luego abandonarla y dedicar su vida a la instalación de una nueva fe religiosa. Las relaciones son múltiples, pero, nos parece que forzar una intertextualidad entre estas dos obras es un tanto injusto.

Más bien, consideramos que la relación entre *El vasto territorio* y el imaginario bíblico es el mismo que comparten los pueblos latinoamericanos con los contenidos

litúrgicos que la empresa colonial española instaló en nuestra memoria. Podemos pensar la historia en términos cristocéntricos y/o escatológicos, que, en este caso, figura como una alegoría entre la dictadura militar chilena con la perspectiva histórica-mesiánica del marxismo, porque existe una hegemonía simbólica por parte del cristianismo, la cual filtra la mayoría de nuestras experiencias dispuestas en el orden lineal del tiempo. Es decir, aquel proceder hermenéutico, donde las signaturas cristológicas parecieran florecer con mucha facilidad, habita solamente en nuestra mirada antropocéntrica, donde el cristianismo ocupa un lugar fundamental. La materia, subyugada al avance de la historia, solo puede recibir, pasivamente, los modelos alegóricos que occidente ha instalado.

En segundo lugar, Baltasar comparte un origen catastrófico con Pedro. Así como el profeta fue contaminado por un hongo depredador gracias a las negligencias de una forestal, que además está enmarcada en las lógicas de producción extractivista, el escriba, durante su gestación, sufrió las consecuencias del uso de pesticidas en los campos de recolección frutal. La novela nos explica que la tartamudez de Baltasar proviene de este encuentro con la bioingeniería:

El médico que lo vio atribuyó el problema a que la madre hubiera trabajado como temporera durante el embarazo. La exposición a los pesticidas no solo enferma a la madre, también produce trastornos de aprendizaje en el niño (...) su abuela, irritada, escuchaba una vez más lo de ‘educación diferencial’ (López Trujillo 94)

Esto es de suma relevancia para nuestra lectura, ya que las signaturas que aparecen en la novela deben hacer “visible” las relaciones “invisibles” de la semejanza, tal como señala Foucault. Y como tal, de acuerdo con nuestra lectura del capitalismo extractivista, el trabajo de instrumentalización terrestre es, ciertamente, difícil de diferenciar, no solo por las abstracciones a las cuales nos empuja el Capitaloceno, tales como la construcción de una realidad económica a partir de datos estadísticos, sino también porque las magnitudes de las políticas de acumulación de capital son enormes y funcionan en velocidad muy superiores a la escala humana. Quizá, por esta razón es que nos sorprende que, de un día a otro, un lago o un bosque desaparezca con tanta facilidad. Conocemos las maquinarias que provocaron la devastación, pero no por ello entendemos los procesos que movilizan la destrucción ambiental.

De todos modos, si hay algo que cruza y conecta a la multitud de personajes de esta novela, es que cada uno conoce de primera mano los desastres de la operativa capitalista, sea por afecciones directas, tales como la enfermedad o la pobreza, o bien por

la segregación de clase, género, etnia, experimentada, por ejemplo, en la academia científica donde trabaja Giovanna, o en los territorios que van cambiando violentamente por la devastación ecológica. De algún modo, todos son, en diferentes grados, sujetos subalternizados⁷. Pero en este caso específico, la relación entre Pedro y Baltasar se hace más evidente porque ambos están inmersos, por una cuestión de clase, en uno de los discursos más antiguos de la pobreza. Hemos de recordar que el cristianismo, en sus inicios, fue una religión hecha por y para esclavos. Además, insistiendo en el concepto de subalternización, uno de los elementos fundamentales es que estos sujetos están expulsados del campo de la representación. Por tanto, es coherente pensar que el mundo espiritual al cual acceden estos personajes es de orden clandestino. Después de todo, la producción de artilugios religiosos, tales como la construcción del templo, así como la escritura misma del Compendio de Pedro el Vasto, se asemeja bastante a la forma en que funciona el bajo mercado, anclado principalmente en la autogestión y en las decisiones microeconómicas de individuos sin poder financiero.

Ahora, para continuar nuestro hilo argumentativo, quisiera retomar con más fuerza una idea que nos persigue. Esto es, la constante relación cultural que mantienen los imaginarios latinoamericanos —lugar donde se sitúa esta novela— con los imaginarios bíblicos. Como dijimos en un principio, lo que ha hecho la hermenéutica con la experiencia histórica, luego de tener por objeto al texto, ha sido una especie de ampliación de registros temporales. El pasado ya no se encuentra diametralmente separado del presente, al contrario, el presente encuentra su sentido en los tiempos antiguos, así como la propia escritura o la lengua puede enjuiciarse bajo una perspectiva genealógica. Pero Ferraris nos apuntó un tercer elemento fundamental (9): si el génesis es el pasado, la pasión de Cristo el presente, entonces la resurrección es necesariamente el tiempo escatológico de la historia, en el cual ya ha acontecido el apocalipsis, acaso, nuestra forma más común de interpretar el fin.

Antes de categorizar *El vasto territorio* como una novela apocalíptica, habría que pensar la relación del texto con los imaginarios propios del fin del mundo judeocristiano. Geneviève Fabry, en su artículo “El imaginario apocalíptico en la literatura hispanoamericana: esbozo de una tipología” (2019) enumera cuatro formas de abordar las

⁷ De acuerdo con Gayatri Spivak en su famoso *¿Puede hablar el sujeto subalterno?* (1988), la experiencia de subordinación está en estrecha relación con la prohibición del espacio público, lugar donde las representaciones acontecen. Es decir, el sujeto subalterno no podría hablar, ya que se le ha privado de los mecanismos para hacerse visible delante de los demás (7-8).

poéticas y/o narrativas americanas en relación con el mito de Juan de Patmos. Estas son: “refiguración mítica explícita, refiguración mítica implícita, refiguración estereotipada y refiguración postapocalíptica” (Fabry 4). En este caso particular, solamente nos interesa lo dicho en torno a la última categoría, ya que consideramos que esta explica de forma satisfactoria algunas coyunturas de la novela. La autora nos explica su conceptualización del siguiente modo: “tendríamos textos provistos de una referencia al mito apocalíptico que solo conserva, aislado, un mitema truncado: el de una catástrofe de gran magnitud.” (8). Más allá de las posibles referencias implícitas del texto al imaginario cristiano, lo cierto es que el carácter apocalíptico de la novela se sostiene en el desenlace de Pedro El Vasto. Luego de que Patricio, hijo de Pedro, pasara mucho tiempo separado de su padre, finalmente logra reencontrarse con él. De alguna forma, entre los delirios finales, Pedro convoca a su hijo delante de los fieles. Estos, obedientes, lo traen a la iglesia. Y en soledad, Pedro le deja un último mensaje a Patricio:

La página decía lo siguiente:

H	I	J	O	M	I	O	H	U
Y	E	D	E	L	A	V	A	S
T	A	L	U	Z	D	E	M	I
V	O	Z	S	E	R	A	Q	U
E	M	A	N	D	O	M	E	C
I	R	C	U	L	A	N	D	O
S	O	B	R	E	L	A	S	L
L	A	M	A	S	Q	U	E	D
E	N	C	O	N	M	I	G	O

Figura 1.

Antes de progresar con el análisis apocalíptico, detengámonos en algunos aspectos. El mensaje que Pedro le hereda a su hijo es, probablemente, el único que ha producido por su propia mano, ya que todos sus mensajes, como dicta la tradición, han sido escritos por Baltasar. Por lo tanto, dada la ausencia de mediaciones, Pedro aparece de forma más nítida, a pesar de que el proceso parasitario-simbiótico del hongo esté llegando a su inminente final. Sin contexto, la imagen pareciera reproducir las propiedades arcanas de los mensajes del oráculo, pero lo cierto es que, tanto para lectores como para Patricio, el lenguaje es conocido. Desde el inicio, Pedro manifiesta una afición

recurrente por el Sudoku, y en más de una ocasión, comparaba su trabajo con la resolución de problemas matemáticos. Cada número era un árbol, los cuales, luego de ser resueltos, eran talados según las hectáreas cuadrículares que designaba la forestal (López Trujillo 40). En este caso, los números son reemplazados por letras, por un mensaje encriptado como alerta, una advertencia del terrible futuro que se avecina. Y aquel futuro, analógicamente, será borrado, así como los signos de un Sudoku luego de ser resuelto.

Esto es muy diferente al resto de fragmentos que aparecen a lo largo del libro, los cuales se asemejan mucho más a la estructura de los proverbios. Lo que queremos señalar con esto es que, por primera vez, las palabras de Pedro cobran un carácter apocalíptico, recién en las páginas finales ¿Por qué? Nos preguntamos. Quizá, porque el tiempo específico de la profecía ha llegado. En estricto rigor, la composición etimológica de Apocalipsis nos indica una acción, esto es, “el acto de revelar algo oculto”. Curiosamente, la palabra Eucalipto, árbol que repleta los alrededores de Curanilahue a consecuencia del monocultivo industrial, posee una etimología similar. El prefijo *-eu* se asocia con la perfección, por lo cual, Eucalipto equivaldría a “perfectamente oculto”. Tomando en cuenta todas estas referencias intratextuales, consideramos que, a partir del tiempo heredado por la relación entre hermenéutica e historia, la novela ha sincronizado su propio desenlace con las propiedades de una visión teleológica del mundo. Aquella resurrección que mencionó Ferraris representa el ensamblaje final de todos los componentes dispersos en el devenir del tiempo. Como una gran estructura fracturada, esta logra encajar todas sus piezas al mismo tiempo que su retorno colapsa. Del mismo modo, cuando todas las condiciones simbólicas de la novela se cumplen, es que el cuerpo de Pedro El Vasto logra reventar en medio de un sermón, esparciendo así las primeras esporas de una gran explosión continental:

De pronto, la voz de Pedro resonó como la quebradura de un glaciar. (...) un filamento blanco, como los hilos finos de una madeja de musgo, iban atravesando su piel hacia fuera, surcándole heridas que liberaban unas especies de pedúnculos por sus ojos, sus brazos y mejillas, y un largo y oscuro esporocarpo que salía detrás de su cabeza (...) la garganta de Pedro se inflaba hasta reventar en una nube de esporas que cubrió la sala bajo un solo manto blanco (López Trujillo 146)

La descripción monstruosa de la escena, no solo por la violencia, sino también por la transformación siniestra que sufre Pedro, es propia de las imágenes con las cuales el apocalipsis judeocristiano decora el fin de los tiempos. Es más, dada las propiedades textuales simbólicas de la realidad, instaladas por la perspectiva hermenéutica, lo monstruoso generalmente ha sido asociado al ámbito de los presagios. Y

coincidentalmente, los encuentros de Patricio y Catalina, hijos de Pedro, con la devastación de la naturaleza, sea a través de animales o insectos muertos, o a partir de la lenta destrucción de su hogar por medio del abandono, aumentaron luego de que su padre fuera atrapado por el culto de Baltasar. Cae añadir, también, que antes del encuentro de Patricio con Pedro, el adolescente había desarrollado un extraño gusto: mirar, junto a su hermana, videos donde acontecen desastres climáticos (81). Por lo tanto, la propia existencia de Pedro era en principio un antecedente para el fin, ya que, al mismo tiempo que el profeta mostraba signos de putrefacción en su cuerpo, así también la propia trama iba revelando más y más signaturas en torno a la destrucción y a la devastación de la naturaleza. Es decir, y en coherencia con la lógica de los sucesos, que la muerte de Pedro El Vasto implica, también, la muerte del mundo representado en la novela, introduciéndonos así en la crisis final.

Patricio, de regreso a la iglesia donde su padre daba los sermones, descubre con horror la aberrante escena. Los cuerpos, repartidos por el suelo, se encuentran cubiertos por las esporas del hongo *ganoderma*, mientras que el cuerpo de su padre, en medio de la sala, se encuentra transformado en una horrible estructura fúngica (148-149). Sea porque la imagen no logra encontrar sitio en su marco de representación, o bien, porque las demandas de orden teleológico así lo exigen, Patricio, en una suerte de impulso iconoclasta, toma un bidón de gasolina y lo esparce alrededor de la iglesia con el fin de quemarla. Entonces, cuando la casa se convierte en una bola de fuego, la explosión ocurre, y con ello, la profecía se cumple: las esporas que portaba Pedro en su interior, ahora se expanden a lo largo de toda la región del Bio-Bio. El final que fagocita todas las cosas — una posible relación simbólica con el fuego— había comenzado.

Ahora, antes de cerrar este punto, habría que hacer una salvedad. La categoría que nos entrega Geneviève Fabry es satisfactoria porque nos permite darle un carácter estilístico a la novela. Esta se enmarcaría en un género literario específico, sea uno distópico con preocupaciones apocalípticas, o bien, en el propio género de los relatos apocalípticos, separados, acaso, de los imaginarios toponímicos del futuro. Pero lo cierto es que no todos los elementos de una “refiguración postapocalíptica” aparecen en *El vasto territorio*, principalmente aquel asociado al postapocalipsis. Como tal, el apocalipsis cierra la novela, prohibiéndonos así explorar las consecuencias de la catástrofe ambiental. Pero, quizá, habría que darle un giro a esta problemática. De acuerdo con lo dicho por Andrea Casals y Pablo Chiuminatto en su *Futuro esplendor. Ecocrítica desde Chile*

(2019), los imaginarios apocalípticos siempre contienen “microapocalipsis”, lo cuales “sirven como modelos de sobrevivencia y adaptación al apocalipsis mayor” (53). Nuevamente, las características del cierre de *El vasto territorio* no nos permiten observar la sobrevivencia ni la adaptación de los sujetos frente a la catástrofe, pero sí nos permiten ver el modo en que estos se sobreponen a las presiones del capitalismo extractivista, así como también a la ocupación de territorios, los cuales, de algún modo, representan el fin de mundos específicos, ligados a sujetos específicos. Además, la perspectiva hermenéutica que hemos propuesto en este capítulo trabaja de forma similar. La importancia de revelar la verdad oculta de los textos radica en la preparación y prudencia frente al devenir de los tiempos. Conocer las coordenadas del futuro evita, hasta cierto punto, que el presente se diluya en la antesala del futuro. Vivir pequeños microapocalipsis, quizá, colaboren a nuestra experiencia del habitar.

De todos modos, la imposibilidad de observar un mundo postapocalíptico es un tanto complejo para nuestro análisis, ya que la literatura apocalíptica está ligada fuertemente con la literatura escatológica. Y en este caso, no hay ningún relato posterior al fin, por lo tanto, la escatología queda un poco en el aire. Además, habría que señalar que una de las marcas antropocénicas del modelo apocalíptico es la posibilidad de la supervivencia. Es decir, es posible pensar en los tiempos que le siguen a la catástrofe gracias a que el concepto de especie sigue intacto. Recordemos que la revelación del futuro no implica el truncamiento del mundo, más bien, significa su refundación. ¿Será, entonces, que esta novela se moviliza en otro imaginario asociado al fin? Pues, sí y no. Por una parte, no, porque hemos señalado en este capítulo que existen varias marcas textuales que relacionan a la novela con las escrituras apocalípticas. Ciertamente, el texto de Simón López Trujillo podría situarse en una tradición. Pero, al mismo tiempo, este desafía algunos componentes del apocalipsis por medio de su angustiante final.

Esto lo podemos observar en el último pasaje de la novela, donde se ilustra a un herido Patricio que ha logrado huir parcialmente de las llamas. Mientras sostiene a su hermana inconsciente en sus brazos, intenta detener algún auto de la carretera en busca de ayuda, pero “nadie los llevaba a ninguna parte” (López Trujillo 152). Si continuamos en la clave de lectura propuesta, la línea final del libro nos recuerda la polisemia de la palabra “sentido”, concepto clave en el trabajo hermenéutico. Quizá, aventurándonos a una lectura más osada, la imposibilidad del viaje en la carretera implica también la pérdida de los márgenes para la representación. No moverse desde un punto inicial implica,

también, que no existe ningún sentido direccional. Acaso, la legibilidad del mundo también ha sido despedazada por la explosión fúngica. La realidad, luego del desastre, se ha transformado en una página en blanco, desprovista de todas las firmas que permiten su profundidad. Quizá, la especie humana se esté aproximando no solo a un apocalipsis, sino también a su inminente extinción.

2.2. Antropoceno: hacia la construcción de una vida multiespecie

Dada las fuertes críticas que hemos estado trayendo a discusión, pareciera ser que seguir hablando del Antropoceno se ha vuelto una tarea muy difícil. No solo las incongruencias de su estructura intraespecie hace que sea complejo de conceptualizar, sino también los modos destructivos con los que la humanidad habita sus territorios. Tal vez, la existencia antropocénica, si aún es posible de nominar, existe solo en función de narrar su propio fin. La catalogación del Antropoceno como era geológica implica que, eventualmente, esta llegará a su tope y, con ello, la especie humana desaparecerá, tanto a nivel simbólico como literal. El desastre ecológico, una guerra de magnitudes planetarias, la propagación de una enfermedad mortal, el colapso del sistema energético; una larga lista de calamidades enumera las posibles causas del fin. Quizá no haya necesidad de separar estas desgracias, ya que el fin del Antropoceno involucra, en un solo horizonte, todas las catástrofes posibles.

Aun así, nos parece que la postura crítica respecto al Antropoceno no significa, inmediatamente, que su utilización se haya vuelto fútil. Si bien uno de los objetivos de la crítica es la demolición conceptual, también se podría señalar que la crítica permite un estado factual de las cosas. Hay, digamos, entidades estructurales que se sostienen en función de la crítica. Y probablemente, el concepto “especie” sea uno de ellos. Pensamos, en función de esto, en los diferentes aportes realizados por Donna Haraway al pensamiento posthumanista, específicamente en sus textos *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno* (2019) y *Manifiesto de las especies de compañía* (2016). De aquí, recogeremos al menos dos conceptos que nos serán de utilidad.

El primero de ellos consiste en la noción de urgencia. En el segundo capítulo (2019), titulado “Pensamiento tentacular”, Haraway menciona que, ante la evidente incoherencia histórica entre el excepcionalismo humano y la vasta multitud de organismos no antrópicos, el nombre Antropoceno es excesivamente injusto, no solo por

la falta de representatividad, sino también porque la propia construcción del sujeto está mediada por su interacción multiespecie. A esta propiedad de la historia humana, Haraway le llama Chthuluceno, recogiendo con ello la naturaleza extraña, ajena, y por supuesto, amenazante para la humanidad, que imaginó H. P. Lovecraft mediante sus famosos monstruos. Ahora, claro está que el peligro que lee Haraway no tiene que ver con una suerte de exterminio cósmico. Más bien, la potencia chthulucénica de la Biosfera, entendida como un solo gran organismo, tendría la capacidad de acabar con el excepcionalismo especista del ser humano, de modo que este se vea arrastrado a los horizontes multiespecie de la multitud orgánica. Es decir, según nuestra lectura, el Chthuluceno sería un tipo de microapocalipsis. Por tanto, la historia antropocénica no sería un relato sobre la humanidad y la técnica. Más bien, es un relato sobre la cooperación entre especies al momento de generar una relación en torno a lo humano y todo lo demás. Tal como señala la autora, la narrativa de nuestra especie está repleta de bifurcaciones, de filamentos y de “tentáculos”.

En ese sentido, luego de analizar a una serie de autores que piensan lo humano a partir de una red de actuantes orgánicos, Haraway llega a lo siguiente:

Estos tiempos llamados Antropoceno son tiempos de urgencia para todas las especies, incluidos los humanos: tiempos de muertes y extinciones masivas; de avalanchas de desastres cuyas impredecibles especificidades son tomadas estúpidamente como si fueran la inteligibilidad en sí misma (66)

Lo que hemos dicho hasta ahora respecto a la destrucción ambiental y al carácter antropocénico de la extinción, calza muy bien con lo señalado por la autora. La mortandad ocurre, incluso, en los parques nacionales, lugar donde, como señalamos previamente, se expulsa a los habitantes en función de la preservación natural. Es decir, inclusive en los espacios de protección, la urgencia apocalíptica florece como un horizonte transversal para todas las especies. Debemos recordar que, en el final de *El vasto territorio*, el mundo civilizado es, aparentemente, el mayor afectado, pero lo cierto es que los árboles incinerados por el fuego, así como la fauna nativa del lugar, además del conejo de Giovanna, atrapado en un departamento de Concepción en medio del incendio, son también víctimas de la catástrofe fúngica (López Trujillo 142). Es como si en el momento de la crisis, toda la existencia se plegara sobre sí misma, aplanando los cuerpos, igualando así la experiencia frente a la extinción en cada uno de los organismos.

Pero ¿Es acaso el destino apocalíptico una ruta deseable? Más allá del horror especista de la desaparición, lo cierto es que la aceptación de la catástrofe involucra también un acto de negligencia. Tal como señala Haraway, la devastación del mundo no debe empujarnos a una desconexión con el presente, al contrario, esta debe convocarnos fuertemente a un compromiso con el pensamiento. Aunque, habría que señalar que el “pensar”, concepto recogido de la obra de Hannah Arendt por Haraway, no se refiere necesariamente al conocimiento disciplinario, tampoco al escrutinio de lo verdadero y lo falso (67). “Pensar” debe entenderse como una relación material con el entorno, donde las cosas con las cuales mantenemos una codependencia social puedan gozar de una presencia permanente. Esta forma de cohabitar el espacio con las otras especies, como si se tratase de una suerte de consciencia ininterrumpida, adquirirá diferentes formas a lo largo de la novela, según las características de cada personaje. Visitemos, entonces, estos pasajes en función del análisis.

Comencemos con Giovanna. La científica, al recordar la condición de Pedro, quien había despertado de su coma a pesar de que seguía infectado por el hongo, se autorrealiza las siguientes preguntas: “Pensaba en el deseo de los hongos, ese ímpetu que inicia como una sola mancha y al cabo se expande por kilómetros. ¿En algún punto se reprime, duda si avanzar?” (López Trujillo 84). La pregunta, claro está, tiene que ver con los procesos de simbiosis. Quizá, hablar de Pedro en términos de enfermedad, infecciones, etc, sea un despropósito. Para la micóloga, la relación entre el hongo *ganoderma* y el cuerpo de Pedro estaría ocultando algo más profundo, quizá algo primigenio. Giovanna piensa en la extraña paradoja de la voluntad mientras escribe un capítulo de su libro dedicado a los procesos simbióticos de los líquenes. ¿Cómo es posible que el comportamiento fúngico-vegetal no responda a una consciencia unitaria? Seguramente, la científica conoce la respuesta. Aquello que podríamos categorizar como pensamiento vegetal, tiene por principal característica su no-centralidad. El comportamiento de las plantas no responde a los deseos de un cuerpo individualizado, sino que esta contempla sus necesidades en función de una red corporal, autorreplicante, esparcida bajo tierra a lo largo de varios metros. Entonces, ¿Por qué las preguntas? ¿Por qué aquella sensación extraña que no la abandona?

Quizá, la respuesta se halle en la misma progresión de la novela. Mientras las dudas acosan su mente, Giovanna cocina champiñones para el almuerzo. Luego, se dedica a la escritura de un libro sobre hongos. Por último, frente a un espejo, revisa algunas

heridas en la comisura de su labio, “como pequeñas bocas brotadas en la suya. Era como si el hongo quisiera decirle algo ¿Cabía un signo en la piel abierta? ¿Una vocal?” (López Trujillo 85). Lo que experimenta Giovanna, quizá, consiste en un incipiente ensamblaje cultural con otra especie. Tal vez, las relaciones sociales estrechas no se diferencien tanto de los procesos simbióticos donde especies microbianas comparten un mismo cuerpo. Existe, en la relación de Giovanna con los hongos, una amistad particular. Los ve, interactúa con ellos, tanto como lo hace con su pareja como con sus amigos. En la constante compañía, se vuelve inevitable establecer lazos afectivos. Y respondiendo a la primera pregunta de la micóloga, quizá, el deseo de los hongos no sea tan diferente al deseo humano. La expansión territorial, la sobrevivencia, la potencia reproductora, entre otros más, son intereses que compartimos con las “especies de compañía”.

Este último concepto, trabajado por Donna Haraway en su manifiesto (2016), se concentra especialmente en la histórica relación entre humanos y perros. El hecho de que ambas especies hayan compartido un hábitat común a lo largo de milenios ha producido un trayecto evolutivo compartido, sea en el ámbito de lo fenotípico o en el desarrollo de nuevas tecnologías para el bienestar. El avance de la civilización distribuye placeres y sufrimientos de forma casi pareja tanto en humanos como en perros.

La autora define el concepto del siguiente modo: “No hay sujetos ni objetos preconstituidos, ni fuentes únicas, ni actores unitarios ni finales definitivos. (...) Un bestiario de agencias, tipos de relaciones (...) Para mí, eso es lo que significa *especies de compañía*.” (Haraway 6) Es decir, a partir de la relación histórica entre dos especies colaborativas, Haraway piensa en la posibilidad de un futuro evolutivo compartido. Quizá, aquella extensión afectiva entre dos especies acompañantes pueda replicarse en nuestra relación con otros organismos vivientes. Inclusive, puede que esta sea la forma base de la vida. El contacto que mantenemos con el entorno sería menos hostil si, en primer lugar, contempláramos ampliar nuestro círculo humano. Giovanna, en su espacio doméstico, pero también en otras instancias, como en la relación con su pareja Andrea, a quien le pregunta en una ocasión si acaso puede sentir su propia piel, o si acaso puede imaginar el movimiento de todas sus células (36-37), tal vez esté experimentando esta forma de habitar el mundo, esta ampliación orgánica respecto a cómo entiende la vida, ya que, si recordamos las palabras de Anna Tsing en su libro *Ensamblajes multiespecies en el Antropoceno* (2023), los hongos también pueden ser especies de compañía.

Insistamos en esta última idea, para así, cerrar nuestro hilo argumentativo. Anna Tsing, en su ensayo “Bordes díscolos: las setas como especies compañeras”, nos relata, a partir de una experiencia semibiográfica, los modos con los cuales se recogen hongos, sea en planicies deshabitadas, o bien, en lugares habitados, tales como el centro de California. El punto es que, en todos los encuentros con setas, las recolectoras siempre se encuentran con organismos fúngicos que están en una íntima relación con otras formas de vida, sean plantas, otros hongos codependientes e incluso con objetos inorgánicos, tales como piedras, metales, superficies de asfalto, etc. Es casi imposible encontrar un hongo que no se encuentre en una relación multiespecie. Por lo cual, desde este lugar es que la antropóloga desarrolla una crítica a la falsa excepcionalidad humana, en la medida de que, curiosamente, este es el único organismo que plantea y organiza su vida como un ser individual y autosuficiente (18), a pesar de que su relación con otros seres sea innegable. Este falso ideológico, de acuerdo con la autora, tendría que ver con el desarrollo de la domesticación, ya que es por medio de ella que el ser humano ha instalado su diferencia con la realidad natural. Por supuesto, las estructuras de dominación y poder se replican también hacia “dentro”, esquematizando así la sociabilidad humana a partir de sistemas de clase y/o raciales. Según esta mirada, la amistad o la sexualidad no es un ensamblaje, sino solamente una interacción.

Pero, en esta narrativa no todo es hostil, ya que Anna Tsing considera que la historia de la domesticación no debe ser, necesariamente, un relato sobre la violencia:

Sin embargo, a pesar de estos esfuerzos extremos, la mayoría de las especies en ambos lados de la línea [de la domesticación], incluidos los humanos, viven en complejas relaciones de dependencia e interdependencia. Prestar atención a esta diversidad puede ser el comienzo de la apreciación de un modo interespecífico de ser de las especies. (Tsing 19)

La domesticación es, de algún modo, el nombre que la especie humana ha elegido para los procesos de codependencia, ignorando así que, en su aplicación, ocurren varios procesos de intercambio evolutivo donde las especies de compañía impactan en nuestro desarrollo, querámoslo o no. Anna Tsing utiliza varios ejemplos para ilustrar lo dicho, los cuales van desde enfermedades y usos medicinales, hasta la intromisión de los hongos en nuestras construcciones, sean madereras, metalúrgicas, etc. Pero, en nuestro caso, tenemos un artefacto literario que nos servirá para empujar, más allá, los imaginarios estéticos en torno al asunto.

La ruta más evidente que escoge la novela para representar —o bien, especular— los ensamblajes multiespecies, es el “Vasto Territorio”, aquel lugar donde los delirios fúngicos de Pedro acontecen. Los aspectos materiales de este lugar son muy variados: en un principio, nuestro personaje percibe aquel mundo fúngico casi fuera de foco, desde perspectivas imposibles, como si el claro de aquel bosque infinito pudiera ser visto desde una dimensión inexistente en nuestra realidad. Aún así, la novela enumera algunos componentes: “Hojas, líquen, brote, piedra, agua, mucha agua, semen, sí, un poco, animalejos muertos, residuos de bestia, petróleo, casi níveos por el hongo, un poquito de fuego había, pero se apagaba, soplaba mucho viento, siempre el viento llevando todo lejos” (López Trujillo 15). Desde ya, el espacio descrito por Pedro nos recuerda los pequeños mundos que Anna Tsing menciona en su ensayo. Recordemos: no hay cuerpos fúngicos solitarios. Más bien, estos se encuentran conectados con diferentes elementos, extraviando así su presunta unidad. La experiencia múltiple de Pedro, donde los objetos apenas poseen contornos, puede tener que ver, quizá, con esta forma de percibir la delimitación de una especie. Su cuerpo humano, en medio de una relación simbiótica con el hongo *ganoderma*, está en pleno proceso de fusión con todos los elementos que aparecen enumerados.

Pero, lo cierto es que esta imagen muta a lo largo de la novela, y su punto de mayor estabilidad se encuentra en los pasajes donde Pedro, aun en sus ensoñaciones, se encuentra de frente con un prado enorme, donde una multitud ingente de personas lo transitan. Pedro, extrañado por esta suerte de peregrinaje, se suma a la multitud, reconociendo a uno de ellos: Juan Carlos, su amigo, quien tironeaba de una burra a duras penas (55). El encuentro es llamativo, porque los imaginarios liminales suelen estar relacionados con el punto medio entre la vida y la muerte, pero la aparición de su amigo rompe con este esquema. Pedro lo llama “El doble de Juan Carlos”. Es decir, aquel hombre no está muerto. ¿A que se debe, entonces, esta visión? ¿Quiénes son los caminantes? De esto nos enteramos solamente a medias, particularmente gracias al encuentro del personaje con su padre. En su ensoñación, el padre de Pedro ha recuperado su personalidad graciosa, alegre. Pareciera que está aconteciendo en un tiempo fuera de orden, sin pasado, quizá, un tiempo escatológico, donde todas las referencias se pierden. Pero, más importante aún, es que Pedro sufre una transformación. El texto nos dice que su cuerpo se ha encogido hasta “el porte de una gallina”, para luego enterrarse bajo tierra, huyendo de las manos amenazantes de su papá que lo confunden con un animalejo.

Entonces, desde aquella zona abisal, Pedro menciona lo siguiente: “creyó escuchar a María, estuvo seguro: no su voz sino una especie de aliento cálido que venía de lejos y lo guiaba. Era como si el mundo estuviera hecho de tacto. (...) su propio cuerpo era una frontera ambigua.” (64)

Nuestra lectura, quizá, ya haya sido anticipada por un atento lector. Consideramos que aquel imaginario colectivo que habita el interior del Vasto Territorio no tiene que ver con una suerte de espacio de ultratumba. Más bien, aquel paisaje está modulando alegóricamente todas las cosas con las cuales Pedro practicó un ensamblaje multiespecie. Su amigo Juan, su padre, la voz de María, las multitudes humanas-animales, la tierra misma, el fango, los cadáveres, los objetos enterrados y un largo etcétera, todos aquellos cuerpos que aparecen en la novela componen la totalidad de Pedro, así como también Pedro compone la totalidad de lazos del resto de las cosas. Si Giovanna cayera en un coma similar, quizá, esta se encontraría con Andrea, su pareja, así como también encontraría a todas las especies fúngicas con las cuales mantuvo relación.

Lo que queremos señalar es que no debería ser posible imaginar un modo de existencia individual, como si acaso hubiera una frontera que delimita los cuerpos de la materia. Al igual que los hongos, todo lo que existe, incluidos nosotros, está en una íntima relación con todo lo que posee, utiliza, y, además, con todo lo que le abrumba. De ahí, quizá, que los caminantes tengan que cargar con algunas de sus propiedades, como lo son los instrumentos de trabajo o bien, los objetos que más visitamos, como un colchón o una prenda de vestir. Tanto muertos y vivos, cargan con todas sus acciones, así como con todos los ensamblajes que alguna vez llevaron a cabo. De algún modo, nadie está completamente libre del otro, porque la existencia misma es un estado no-individual. Por lo tanto, estar vivo implica pertenecer a una estricta red ética, donde cualquier acción, sea en beneficio o en contra de algún otro, afecta el propio orden multiespecie de nuestro mundo. La invitación es, entonces, a imaginar los diferentes mundos antropocénicos bajo esta perspectiva, ya que solo así el Antropoceno podrá adquirir aquello de lo cual está profundamente separado: esto es, una política del cuidado.

Capítulo 3. Una extinción ineludible: la cuestión de la *big data* y las imágenes técnicas en Giovanna

Antes de adentrarnos de lleno en el asunto de la extinción, debemos hacer un repaso en torno al fenómeno de la posmodernidad, aunque no uno total, sino más bien, uno que se enfoque en la cuestión de los fenómenos técnicos introducidos por la revolución tecnológica de los años 50, la cual afectó principalmente a los países desarrollados. Respecto a este asunto, Jean-François Lyotard, en su reconocido libro “La condición postmoderna” (1986), nos comenta que el cambio producido por la postmodernidad en la modernidad consistió en una modificación metodológica, donde los canales de distribución y de acceso al saber fueron transformados por la ciencia informática. Previamente, los dispositivos de conocimiento estaban asociados a la imprenta, por lo cual, las figuras que ostentaban el poder eran agentes antrópicos, los cuales entregaban su fuerza de producción a los intereses estatales-corporativos. De aquí, por ejemplo, la correlación entre universidades del primer mundo con la inteligencia militar, institución que, en gran medida, colaboró con la expansión poscolonial de las potencias mundiales en el cono sur. En cambio, la producción del saber en la postmodernidad quedaría a disposición de la tecnología, sea por medio de algoritmos computacionales básicos o a través del desarrollo de aparatos técnicos capaces de elaborar una base de datos.

El autor, continuando su análisis, menciona que los cambios generados por las “máquinas de información” produjeron transformaciones profundas en las formas de mediación con la realidad inmediata, así como también modificó la velocidad de acumulación de capital, midiendo así los niveles de productividad a partir de la cantidad de maquinarias actualizadas tecnológicamente, según las demandas de la industria contemporánea. La intrusión de la informática en el campo del saber provocó cambios radicales en la estructura pública, equivalentes a lo que hizo en su momento “el desarrollo de los medios de circulación de hombres (...), de sonido e imágenes después (media).” (15). Dicho esto, habría que señalar dos consecuencias derivadas de este proceso. En primera instancia, que la relación entre producción-circulación de saberes y la utilización de maquinarias informáticas, estableció un nuevo orden entre las potencias mundiales. Aquellos países que han monopolizado el campo del saber, sea por medio del fomento a la investigación tecnológica, o bien, por medio de la captura de información a través de canales oficiales y clandestinos, son ahora mismo los que dominan la economía mundial.

Es decir, luego de la aparición de las máquinas informáticas, el saber adquirió un nuevo valor, mucho mayor que el anterior, puesto que ahora es capaz de aumentar las capacidades de producción y acumulación de capital (17). Naturalmente, los países que han quedado fuera de esta revolución técnica ocupan hoy en día los puestos poscoloniales de la subordinación, donde las entidades multinacionales tienen permitido instalar sus maquinarias extractivistas en función de recoger materias primas para la producción de manufactura tecnológica.

Luego, en segundo lugar, la transición del saber al formato de la mercancía ha producido que los valores de uso y de cambio sean aplicados al mercado de la información. Lyotard lo pone en los siguientes términos: “en lugar de ser difundidos en virtud de su valor ‘formativo’ o de su importancia política (...), puede imaginarse que los conocimientos sean puestos en circulación según las mismas redes que la moneda (...) en conocimientos de pago/conocimientos de inversión” (19). Explicaremos en detalle de que se trata cada uno de estos conocimientos a partir de su aplicación en la lectura de la novela.

En *El vasto territorio*, el personaje que está expuesto directamente a una institución de saber es Giovanna, la cual, además, participa en la producción de conocimientos, no solo porque forma parte de cierto campo disciplinario, sino también porque en uno de los tantos pasajes, asegura estar escribiendo un libro sobre micología, además de que ha dedicado su pasantía en Chile a la construcción de un grupo investigativo. En estricto rigor, y en su sentido moderno, Giovanna es una agente de producción de capital cognitivo⁸. A propósito del primer punto, podemos observar en la obra que la científica forma parte de un programa de asignación de fondos — probablemente FONDECYT—, donde Giovanna debe realizar una serie de cátedras formativas en torno al asunto de su tesis doctoral. La novela nos comenta que “Ella odiaba esas actividades: el ejercicio replicaba el temor de salir a la pizarra en el colegio. (...) le parecía un ejercicio burdo y tedioso, que realizaba de forma más bien automática” (López Trujillo 29).

⁸ De acuerdo con lo mencionado por la corriente crítica del Capitalismo Cognitivo, el nuevo campo de producción de bienes inmateriales (lugar donde entraría el capital cognitivo), tendría por objetivo aportar a la disolución de los medios de producción. Por ello, las políticas del capitalismo contemporáneo estarían interesadas en el financiamiento de este tipo de mercancías, en la medida de que estas ayudan a la circulación de las crisis cíclicas del capital, haciendo de las fuerzas de producción y del concepto de escasez, entidades netamente abstractas. Para mayor profundidad, véase Blondeau, Olivier. “Génesis y subversión del capitalismo informacional”, en *Capitalismo Cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de sueños, 2004.

Evidentemente, Giovanna es consciente de que su trabajo no posee otra importancia más que el valor asignado por las políticas estatales. La retribución de su beca doctoral en el extranjero tiene que ver con la preparación de nuevas competencias para la carrera por el capital cognitivo en la región. Si bien hay estudiantes que se interesan en su trabajo, su aporte a la circulación del conocimiento es fugaz. Y, es más, en su mayoría, el público está repleto de personas que no tienen un interés profundo en su investigación. Pero lo más importante es, quizá, que el trabajo que Giovanna ha dedicado a su investigación, terminó por provocarle un enorme estrés: anteriormente, cuando la novela nos relata la experiencia de Giovanna en Inglaterra, sabemos de forma directa que la científica, previo a su ingreso al laboratorio de micología, sufría diferentes crisis de pánico de forma más o menos seguida (21-23). El punto es que, efectivamente, la producción de capital abstracto genera en los trabajadores una suerte de desconexión con el tiempo dedicado a la productividad cognitiva. Giovanna, por lo que comenta la novela, pasa días enteros encerrada en su departamento escribiendo y leyendo, como si de una cuarentena se tratase, poniendo así en riesgo su salud física y mental.

Además, aparte del dinero que recibe por su trabajo académico, Giovanna es contactada de forma constante por empresas extractivistas que solicitan su legitimación como especialista. Si bien la científica no está viviendo en la precariedad —al menos hasta donde la novela nos deja saber—, esta acepta participar de forma pasiva en estos procesos, tal como ocurre con su mediación en la empresa forestal donde Pedro tuvo su accidente. Quizá, esto se deba a que el mercado de saberes funciona así, ya que es parte de las prácticas posibles dentro del marco ético del capitalismo cognitivo. Pero más importante aún es que sus prácticas, incluso aquellas relacionadas con un orden moral humanitario, están determinadas por el binomio de conocimientos de pago y de inversión.

En primer lugar, los conocimientos de pago guardan relación con “el mantenimiento de la vida cotidiana” (Lyotard 19), es decir, aquellos gastos asociados a libros, artículos, suscripciones a bases de datos, servicios de internet, etc. Más allá de que la obtención de estos bienes colabore con la producción de conocimiento, lo fundamental es que, gracias a esto, Giovanna puede participar de forma activa en el intercambio de información regular, sea en redes sociales, o bien, en las conversaciones que lleva a cabo tanto con sus estudiantes como con sus familiares y amistades. En segundo lugar, los conocimientos de inversión son referidos por Lyotard como créditos de conocimiento. Es decir, son pagos de largo plazo, como, por ejemplo, la matrícula en una universidad

extranjera, la inversión del estado en jóvenes investigadoras, o bien, el cupo de una revista académica de largo alcance.

Ahora, la razón por la cual estamos asociando estos conceptos al carácter narrativo de Giovanna, se debe a que todo este imaginario informático, repleto de datos, estadísticas, saberes especializados, etc, guarda una estrecha relación con el concepto de *big data*, el cual, contempla la acumulación de datos asociados a la información y a la comunicación en cantidades enormes, generalmente almacenadas en *petabytes* y *exabytes*, equivalentes a 10^{15} bytes y a 10^{18} bytes, respectivamente (Moreno-Carriles 191-192). Es decir, son cantidades gigantescas de datos cuantitativos y cualitativos que, literalmente, no pueden ser leídos ni representados por medio de la directa interacción humana, ya que estos solamente se vuelven legibles a través de la utilización de tecnologías computacionales —informáticas, según Lyotard— mediante la compactación de datos, ilustradas posteriormente en gráficas construidas por inteligencias artificiales. Por ejemplo, la estratificación de datos por población, sea mediante el índice de capital humano o la renta per cápita, es un ejemplo de este tipo de saber técnico, ya que los alcances de la *big data* en la información por habitante tiene, inclusive, alcances globales.

De cualquier forma, lo pertinente del concepto *big data* con nuestro análisis se debe a un fenómeno sustancial. Si bien lo escrito por Lyotard en torno a la postmodernidad no ha tenido una recepción mayoritariamente positiva, habría que señalar que ciertas observaciones en torno a los avances tecnológicos han adquirido, con el tiempo, un carácter de realidad, sobre todo porque estas se han desarrollado bajo el paradigma del Capitaloceno. Dada la increíble expansión de la productividad capitalista, la cual pareciera acelerar con cada año que pasa, los estados que concentran el poder económico mundial han debido de sistematizar sus prácticas de acumulación mediante la *big data*, ya que ahora mismo, la cantidad de riquezas agrupadas en un solo punto son prácticamente ridículas. Del mismo modo, la población mundial ha superado la sorprendente cantidad de 7800 millones de habitantes, número que será, probablemente, sobrepasado a mediados del 2025, donde se pronostica una población de 8000 millones. Es decir, si la presencia antrópica ha aumentado de forma tan drástica, la cantidad de rastros que deja cada individuo al realizar contribuciones al entramado de saberes debe triplicar, por lo menos, los números previamente mencionados. Por lo cual, cabría decir que, gracias a la propagación del capitalismo como al aumento de calidad de vida, el espectro de la *big data* se ha transformado en la mejor herramienta para comprender

nuestra cultura actual. Y, es más, podríamos incluso animarnos a decir que la cultura antrópica se sostiene, ahora mismo, en el constante flujo de la *big data*.

Esto, por supuesto, supone un enorme problema para la narrativa de la extinción, ya que, si bien un cataclismo como el de la novela amenaza la existencia del orden antrópico, quizá, no sea lo suficientemente potente como para pulverizar el concepto de especie. Pareciera ser que nuestra idea de lo humano no solo está fuertemente ligada a nuestra experiencia sujeto-mundo, sino que también posee un enorme respaldo que ni siquiera descansa en estructuras materiales. Por lo tanto, quizá habría que dar un giro en nuestra perspectiva en torno a la extinción. Si la especie humana logra alcanzar el punto de no retorno de los organismos extintos, primero pasará por un proceso de desaparición particular. Para que el Antropoceno se acabe, tendremos que contemplar primeramente la extinción de la cultura.

De acuerdo con el ensayo homónimo de Emmanuel Biset (2022), la razón por la cual la extinción de la cultura puede entenderse como un principio fundamental de la desaparición antrópica, tiene que ver con los marcos de legibilidad de mundo. El entramado cultural, más allá de las definiciones clásicas, es una suerte de red simbólica que nos ayuda a enmarcar los fenómenos sociales. Sabemos, por ejemplo, que un tipo de chiste produce risas, así como otros provocan rechazo, porque la estructura cultural determina el orden de lo representable, de aquello que se permite o que se prohíbe, de aquello que se celebra o que se condena. Y como tal, a propósito de los imaginarios apocalípticos, repletos de alegorías morales asociadas al fin, y, por tanto, al juicio, la existencia de este tipo de territorios se debe a que la cultura, a pesar de la hecatombe, jamás deja de funcionar. Por lo tanto, es acertado indicar que la correlación del aparato cultural con la idea de especie humana es similar a la de la consciencia con un cuerpo. La especie se sabe unificada, hegemónica, excluyente, mediante una cultura que registra y legitima a todo momento sus prácticas, así como su permanente evolución. Por lo cual, para que sea posible imaginar la extinción como un destino verosímil, es necesario que lo cultural se disuelva, ya que “La extinción es la consciencia de la precariedad del sentido y su entera dependencia a una eventualidad llamada especie humana” (Biset 59).

Ahora bien, habría que hacernos cargo de un problema que, quizá, el lector ya ha anticipado. La idea de la extinción es, en principio, un giro radical respecto a los discursos del fin, ya que, si el soporte cultural se acaba juntamente con la catástrofe, entonces, este momento crítico de la especie no puede ser representado, ni siquiera abordado

someramente por cualquiera de nuestras disciplinas, sea en el ámbito científico o en el de las humanidades. El campo de la extinción se extiende más allá de los marcos de legibilidad, por lo cual, su percepción también se vuelve un sin sentido. ¿Cómo anticipar la extinción, si su sola ocurrencia borra toda posibilidad de registro? Consideremos, en primera instancia, que el desenlace brutal de *El vasto territorio* tiene que ver con esta lógica destructiva. Como ya mencionamos, la indiferencia con la cual los automóviles pasan, ignorando a Pedro y a Catalina, quizá, sea una especie de metáfora respecto al extravío de los sentidos textuales. Solo es posible representar el colapso de la cultura mediante el cese de la escritura. En esta última idea, quizá, haya algo kafkiano: obras interrumpidas, relatos cada vez más breves, y, por último, la escena *post mortem*, la obra de Kafka incinerada en el fuego. No debemos ignorar que la extinción de la cultura implica, también, la extinción de la literatura, y con ello, el fin de la experiencia mediante la fábula.

Por ello, recordamos de forma inmediata lo que alguna vez Blanchot pronunció en torno al desastre: “experiencia no experimentada, deshace, dejándola intacta, la relación con el mundo como presencia o ausencia” (104). El tono es, ciertamente, poético, y nos recalca, nuevamente, otro elemento que Biset destaca en su ensayo: esto es, que las “retóricas de lo inefable (...) y las retóricas del desplazamiento (...) no son sino narrativas apocalípticas” (Biset 61). De todas formas, me parece que hay algunas cosas que se pueden recoger de la cita, las cuales pueden entrar en tensión con la narrativa de la novela. En primer lugar, las experiencias no experimentadas nos conducen a las relaciones que se articulan entre personajes y la extracción capitalista. Las catástrofes acontecen en otro tiempo, sin observadores, y los habitantes cercanos, sin la posibilidad de intervenir, sufren una especie de violencia sin sentido. Ahora, hay que decir que esto no logra conectar con la idea de extinción, porque en la experiencia capitalista no se encuentra disuelta la cultura, más bien, esta se encuentra oculta o transformada en una cultura capitalocénica. Es como si el aparato cultura fuera puesto en pausa, al contrario de la extinción, donde la cultura enfrenta su muerte. Por lo cual, nos parece que el armazón de las “experiencias no experimentadas”, que se “deshacen” antes de acontecer, que dejan intacta nuestra “relación con el mundo”, haciendo que nuestras interacciones no produzcan nuestra “presencia”, ni tampoco nuestra “ausencia”, tiene que ver mucho más con la realidad generada por la *big data* que con otra cosa.

Como bien dijimos previamente, la *big data* no puede ser percibida bajo métodos convencionales. Su realidad solamente acontece mediante instrumentos tecnológicos, los cuales traducen el soporte de datos en gráficas visibles. Y es a este producto resultante que Vilém Flusser llama “imágenes técnicas” (2015). De acuerdo con la lectura del autor checo-brasileño, las imágenes técnicas son “superficies construidas con puntos. De manera que, al recurrir a tales imágenes, no estamos volviendo de la unidimensionalidad a la bidimensionalidad, sino que nos precipitamos de la unidimensionalidad al abismo de la cerodimensionalidad”. (30). La definición de Flusser está en directa relación con las imágenes que solemos consumir a diario. La perspectiva unidimensional se ve atacada constantemente por las imágenes cinematográficas, fotográficas, y porque no, literarias, de la bidimensionalidad, dispuestas en una hoja, permitiendo que el ojo establezca profundidades ficticias mediante el punto de fuga. De hecho, a consecuencia de nuestro permanente contacto con este tipo de imágenes, es que nuestros sueños, por ejemplo, han adquirido una nueva corporalidad. A diferencia de nuestros antepasados, nuestros imaginarios oníricos están repletos de fotografías, de películas en movimientos, así como también la literatura ha adquirido cierta inclinación por los mundos especulares del cine y la fotografía. Es decir, las artes técnicas nos han provisto de una forma perceptual. A pesar de las múltiples dimensiones, el mundo solo acontece en el plano de la bidimensionalidad.

Por ello, la progresión del mundo unidimensional al espectro de la cerodimensionalidad es una suerte de caída. No en un sentido de degradación, sino más bien, en el sentido de que una forma perceptual desaparece. En la traducción de datos por parte de la maquinaria informática no existen las dimensiones. Si bien las estadísticas, los gráficos, las numeraciones cuantitativas aparecen delante de una pantalla plana, estas, al momento de desaparecer de la imagen, se lanzan hacia un abismo virtual donde cada uno de los datos descansa en forma de kilobytes —si es que los kilobytes tienen forma—. Las fotografías de otros planetas que envían las sondas espaciales a nuestras computadoras no son, en estricto rigor, imágenes. Más bien, son enormes códigos numéricos que, mediante la técnica informática, son traducidos a modo de píxeles, entendiendo que cada número indica la ubicación de un pigmento en formato de cuadrícula. Es entonces, luego de este proceso, que los anillos de Saturno se revelan delante de nuestros ojos. Solo ahí, entonces, se vuelve posible la percepción. Solo ahí, el sentido de la legibilidad se activa.

Relacionando este fenómeno con el concepto de extinción, pareciera ser que las imágenes técnicas son una especie de intento por resolver la ansiedad epistemológica que provoca el final del sentido, esto porque, a pesar de que la *big data* constituya nuestra experiencia cultural, esta solo aparece cuando un aparato tecnológico la percibe y la inviste de un orden concreto. Sin las máquinas, quizá, nos encontraríamos con el colapso de nuestra cultura. Tal vez, en el desastre tecnológico, podríamos contemplar un atisbo de la extinción. Sin embargo, no debemos tentarnos en este supuesto teórico, puesto que, si bien la *big data* está enormemente distribuida, esta aún no alcanza todos los espacios recónditos del planeta, ya que, si recordamos lo dicho por Lyotard, el acceso a la información y a los aparatos técnicos está en directa relación con la posición económica que ocupa una sociedad en el orden global. Mientras existan territorios que estén subordinados a la hegemonía capitalista, como América Latina o África, la expansión de la *big data* siempre se verá truncada.

De todos modos, *El vasto territorio* nos ayuda a pensar las posibles conexiones entre las imágenes técnicas y el concepto de extinción. Por ejemplo, y en contacto inmediato con la definición de Flusser, la edición de Caja Negra, publicada durante el presente año, nos trae la siguiente imagen⁹:

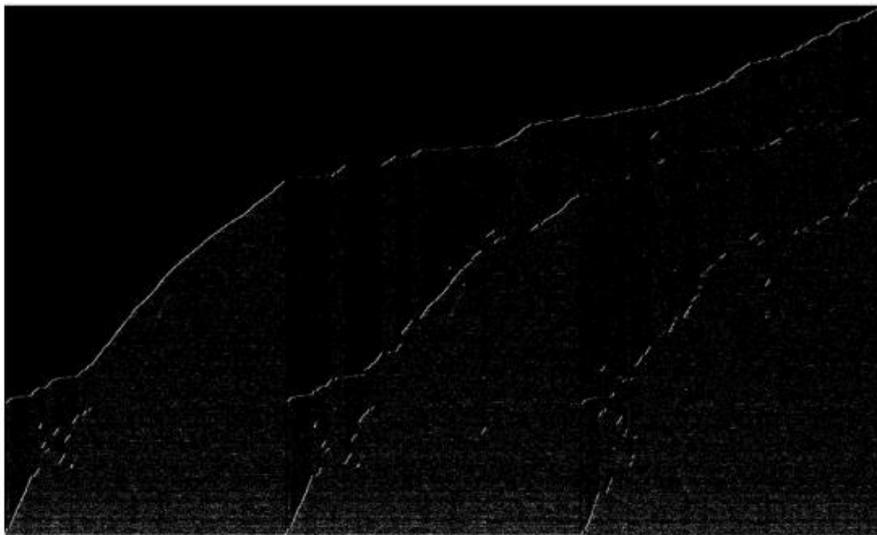


Figura 2.

⁹ La resolución de la imagen, así como su formato en escala de grises, corresponde a la novela y no a un problema de visionado. La lógica irreconocible de la imagen, de acuerdo con nuestra lectura, guarda relación con el sistema contraintuitivo de las imágenes técnicas.

Respecto a la gráfica, nos interesan dos cosas: el impacto que provoca en quién la ve y su contenido encriptado por la traducción técnica de la informática. Aunque, antes de proponer una lectura, debemos de proporcionar un poco de contexto. La imagen acontece luego de que Giovanna es convocada al Hospital Provincial de Curanilahue, esto debido a que un paciente —Pedro— había llegado en estado crítico a la sala de urgencias. La científica, luego de llegar y hablar con los especialistas, es confrontada con esta imagen, para que así, se entere del estado en que está Pedro. Respecto al pasaje, solamente nos interesa citar lo siguiente: “Esto es. Aquí está lo que necesito mostrarle.” (López Trujillo 33), ya que estas son las escuetas palabras con las que el médico interactúa con Giovanna.

Lo primero a destacar es la capacidad sintética de la imagen. Lo datos que vemos en la ilustración son, probablemente, el resultado del monitoreo constante de los índices corporales de Pedro. Palpitaciones e insuficiencias cardíacas, niveles de toxinas en la sangre, actividad cerebral; un largo etcétera cabe en la representación técnica del cuerpo de Pedro. Y, quizá, esto último sea lo más impactante. De acuerdo con el contexto que nos entrega la obra, lo que está viendo Giovanna en la gráfica es una suerte de entidad descompuesta, como si la individualidad de Pedro estuviera decodificada en puntos ínfimos de información. Pero, al mismo tiempo, la imagen técnica del paciente posee un realismo extremo, ya que cada uno de los elementos representados señala, con exactitud, el progreso expansivo del hongo en el cuerpo de Pedro. Es probable que la imagen que Giovanna deseaba ver del cuerpo humano mediante un microscopio (López Trujillo 36), donde las células fueran visibles unitariamente, sea radicalmente distinta a la producida por los instrumentos informáticos.

Pero el punto que queremos destacar es que, a diferencia de las referencias textuales que nos entrega la escritura, la imagen técnica que observa Giovanna no nos transmite nada. Esto, por supuesto, no tiene nada que ver con los abismos iconográficos de lo visual. Al contrario, la imagen técnica pareciera atentar contra los propios principios de la representación figural. En la figura 2, no vemos más que un trazado ilegible, imposible de leer no solo porque no participamos de los conocimientos técnicos necesarios, sino también porque estamos privados de los instrumentos técnicos que permiten la traducción y la posterior representación gráfica. Esta suerte de realidad virtual, además, será disuelta apenas la máquina deje de proyectar su imagen. Todos los

puntos congregados bajo el ojo técnico serán devueltos a la experiencia secreta, cerrada sobre sí misma, de la máquina orgánica que es el cuerpo humano.

Hay, sin duda, una suerte de extinción del sentido en esta correlación entre sujetos e imágenes técnicas, un tipo de separación irresoluble donde los marcos de referencia se extravían por completo. A pesar de que lo representado sea nuestro orden cultural, lo cierto es que, en estas imágenes, la cultura aparece codificada en una lengua extranjera. Hay, en el ejercicio de pensar la *big data*, una suerte de límite para el entramado cultural.

Por último, habría que señalar un elemento faltante, el cual confirmaría, aún más, el colapso de la cultura frente a la cuantificación de datos, puesto que lo cierto es que la imagen, aquel gráfico siniestro, sí posee un contenido legible¹⁰. Resulta que los puntos agrupados en el gráfico son una representación cuantitativa de todas las palabras utilizadas en la novela, donde las pendientes más bajas señalan las menos utilizadas, mientras que las más altas representan las con mayor recurrencia. La idea de representar gráficamente los elementos lingüísticos de la novela guarda relación con una corriente crítica conocida como *spacial turn*, o bien, el giro espacial y/o cartográfico. Respecto a su trabajo con los documentos literarios, los imaginarios cartográficos piensan el texto como un mapa repleto de indicadores espaciales, donde la agrupación de palabras, la utilización de lugares vacíos, la relación entre contenido y estructuras formales a lo largo de una plana, podrían simbolizar una suerte de significado alternativo, el cual no se encontraría en la clásica distribución sintagmática/paradigmática de la lingüística estructuralista. Más bien, el significado estaría dispuesto en la superficie de las letras, identificando así en cada huella de la escritura el trazado de un mapa cognitivo, representativo no solo del trabajo del escritor, sino también de lectores que anotan sus lecturas en los bordes de las hojas, a la vez que subrayan y destacan algunos pasajes¹¹.

En este caso, la representación técnica de la escritura estaría relacionada al mapeo de un espacio imaginario, posiblemente aquel que en la novela es llamado como Vasto territorio. La pendiente de derecha a izquierda está articulada en función de una gráfica separada en tres columnas. Ahora a la inversa, es decir, de izquierda a derecha, cada

¹⁰ Lo que mencionaremos a continuación posee dos orígenes. En primer lugar, fue mencionado por el propio autor en medio de una conversación que realizamos, donde en un momento, tocamos el fenómeno de las imágenes técnicas. Luego, la información señalada aparece de forma resumida en el siguiente video, el cual forma parte de un trabajo curatorial en torno a la obra: <https://www.youtube.com/watch?v=OT7e3ON870>

¹¹ Para mayor profundidad, véase Matías, David. "Introducción-catálogo al giro espacial de los estudios literarios". *C. F. F* 25 (2014): 193-203.

columna dibuja la cantidad de palabras utilizadas a lo largo de tres borradores, escritos antes de la publicación del libro final. Como ven, en cada uno de los bosquejos, Simón López Trujillo aumentó la densidad de la obra. Lo interesante es que la gráfica pareciera tener un crecimiento exponencial. La última columna pareciera sobrepasar el encuadre de la imagen técnica, indicándonos con ello, tal vez, que los límites de lo vasto exceden, inclusive, los aparatos de la *big data*.

Dicho esto, queremos señalar que el contenido referenciado no tiene nada que ver con lo que Giovanna lee en la imagen. Por supuesto, este fenómeno se debe a que las referencias intraliterarias están determinadas por el orden conceptual de la obra. En ningún caso, Giovanna puede exceder los marcos de la trama, porque su existencia está sujeta al plano literario. Pero, en nuestro caso, los lectores sufrimos una experiencia similar. Así como es imposible saber la cuantificación de la salud de Pedro, así también nos es imposible conocer el trasfondo cartográfico de la imagen, a menos que algún participante del mercado de información nos transmita su contenido. Con esto, queremos puntualizar que nuestro análisis no contempló, en ningún momento, la posibilidad de que *El vasto territorio* haya sido capaz de representar la otredad absoluta de la extinción, pero sí consideramos que, mediante el uso de este tipo de técnicas, es posible aproximarse a las propiedades inhumanas del fin de la cultura, dado que esta es la cualidad más atractiva de la literatura, al menos desde nuestro parecer. Que la escritura, atravesada por la ficción especulativa, se vuelve un aparato en constante desborde, sea en relación con ella misma o con la propia realidad antrópica.

Conclusiones

En un principio, señalamos una serie de pasos a contemplar durante el análisis de la obra. En primer lugar, que íbamos a relacionar los fenómenos ocurridos a lo largo de la novela con los conceptos de Antropoceno y Capitaloceno. Esto lo hicimos mediante la aparición del capitalismo extractivista en los horizontes terrestres de *El vasto territorio*. De ello, concluimos no solo que este modelo de acumulación capitalista es clave para entender la novela, sino también para insistir en los fenómenos ópticos de la novela. Así como la perspectiva ecológica tiene una visión sobre el orden de los objetos naturales, así también el capitalismo posee una mirada agresiva respecto a las cosas que existen y las que no, esto en función de su propio marco de representación, el cual consta de zonas extractivas como de visiones extractivas.

También, mencionamos la aparición de territorios anormales, tal como es el caso de los parques nacionales. Su construcción, aparentemente benévola, no hace más que confirmar la razón capitalista al momento de comprender su distribución espacial. Incluso en las políticas protecciones, los objetos de cuidado corresponden a bienes y no a sujetos. Es decir, en las reservas naturales, habría una deshumanización de los espacios geográficos mediante la expulsión de los habitantes, generalmente racializados bajo la óptica de la productividad económica.

Además, dijimos que los imaginarios apocalípticos, así como el fin de la representación propio de la extinción, se mueven al interior del marco de legibilidad tanto del Antropoceno como del Capitaloceno, esto porque, en el caso del apocalipsis, su relato es eminentemente humanista dado que el Apocalipsis bíblico es una épica sobre la refundación de la humanidad. Por su parte, en el caso de la extinción, dada la imposibilidad de imaginar el fin de la especie y la cultura, el libro se sirvió de las herramientas técnicas del capitalismo, tales como las imágenes técnicas, para especular sobre las posibles visualidades y narrativas que existen en los lindes del fin. Es decir, a pesar de que estos relatos son derechamente posthumanos, estos deben servirse de la utilización de fenómenos ya existentes en la cultura y no fuera de ella.

Destacamos, además, la aparición del concepto de Chthuluceno en la discusión sobre los discursos antropocénicos, ya que nos ayudó a darle un giro a lo que comúnmente se entiende por especie. Los imaginarios multiespecie también colaboraron a percibir los relatos del fin del mundo con mayor responsabilidad, porque, si bien en el colapso de la

sociedad existen millares de seres en peligro, realmente la crisis no nos hace consciente de las interrelaciones que mantenemos con el entorno. Esta impronta ecológica, además de ecocrítica, nos sirvió para darle forma a aquella presencia no-antrópica que ocurre a todo momento, inclusive al interior de nuestros cuerpos, como es el caso de las extensas redes microbianas que usan nuestros órganos como morada. En el caso de la novela, el imaginario chthulucénico fue útil para caracterizar con más profundidad a Giovanna, quien, en muchas ocasiones, parece estar en un shock profundo debido a las condiciones últimas del capitalismo. Su relación afectiva con los hongos nos habla, además, de los sitios que encuentran los agentes antrópicos luego de ser apartados por el orden social. Mujeres, Proletarios, Indígenas, Lesbianas, Homosexuales, Identidades Queer, etc, se encuentran mucho más cerca de la realidad no-humana que a la del hombre blanco. Hay, en la relación multiespecie, una suerte de fractura en el orden patriarcal.

Quisiéramos, además, mencionar algunas líneas investigativas que podrían ser exploradas en otros proyectos investigativos. Por ejemplo, las técnicas utilizadas para representar el fin de los tiempos, sea forzando los imaginarios a partir de materialidades técnicas, o bien, a través de la transformación de relatos antiguos, como el es Apocalipsis de Juan de Patmos, pueden enmarcarse tanto en el realismo especulativo de Graham Harman, o bien, en la OOO¹² desarrollada por Quentin Meillassoux, esto porque tanto las artes como las matemáticas, dada sus propiedades de abstracción, poseen la capacidad de desbordar los imaginarios ya instalados en la perspectiva antrópica, tal como sucede con el correlacionismo, concepto criticado por estas corrientes, ya que asevera que solo podemos entender las relaciones entre pensamiento-materia y no de forma separada. Los postulados en torno al hongo, así como los proverbios que aparecen a lo largo de la novela, podrían ser formas de leer la materialidad simbiótica del hongo de forma independiente.

Por otra parte, me parece que la caracterización de los fenómenos infecciosos del hongo por medio de máquinas, así como también la caracterización abstracta de la devastación natural, pueden leer a través del concepto de “Hiperobjeto”, propuesto por Timothy Morton en su libro homónimo “Hiperobjetos: Filosofía y ecología después del fin del mundo” (2013). Bajo esta lectura, podríamos relacionar los modos en que la novela comunica la devastación con los que se suelen utilizar hoy día, sea mediante estadísticas, mapas y otros artefactos iconográficos. También, esta mirada podría iluminar algunas

¹² Ontología orientada a los objetos.

cuestiones en torno a los alcances materiales del capitalismo, el cual, si bien comprendemos como una enorme red propagada por el mundo, realmente no podemos imaginar bajo una figura específica. Pareciera ser que el capitalismo, así como las extensiones vegetales del mundo, exceden nuestra capacidad imaginativa. Por lo tanto, nuevamente la literatura tendría habilidades para desbordar aquellos límites entre representación y tecnología, o bien, entre representación y prácticas a escala mundial. Seguramente, tarde o temprano, llevaremos a cabo una nueva investigación que trate de aunar estos discursos actuales con lo dicho por este informe de tesis, sobre todo porque, según el avance de los años, las reflexiones ecológicas desprendidas de *El vasto territorio* se irán volviendo cada vez más reales.

Por último, y antes de cerrar el análisis propuesto por el presente informe de tesis, quisiera traer nuevamente a memoria la dedicatoria que aparece en *El vasto territorio*, tanto en la edición de Alfaguara (2021) como en la edición de Caja Negra (2023): “A Rodrigo Cisterna”.

Respecto a la práctica activista ecológica, la crítica académica suele relacionar este fenómeno con algunas cosmovisiones concretas de mundo. Por ejemplo, en un artículo publicado en el 2006 por Claudia Pato y Alvaro Tamayo, titulado “Valores, Creencias Ambientales y Comportamiento Ecológico de Activismo”, se menciona que las creencias que “trascienden los intereses egoístas en beneficio de la colectividad influyen la formación de creencias que representan una visión integrada entre el ser humano y el medio ambiente” (62). En otras palabras, lo que demuestra el artículo es que, mientras los sujetos estén más involucrados con instituciones educativas, tanto a nivel preescolar como universitario e informal, estos ampliarán su campo de sensibilidad respecto al modo en que habitan el mundo y cohabitan con otras especies. Por supuesto, el impacto de la estructura educacional también depende de los programas educativos, los cuales, necesariamente, deben estar interiorizados en la mayoría de los asuntos ecológicos.

Esta perspectiva, claramente, es de mucha utilidad, ya que nos convoca a generar como especie políticas públicas que sean funcionales a las necesidades del ser humano que se involucra con su entorno medioambiental. Pero, quizá, en esta perspectiva se ignoren algunos elementos fundamentales del activismo. Como tal, la organización activista nace ante la necesidad de pedir justicia. Y si bien cada sujeto participa de forma activa en la degradación del entorno natural, sea a partir del uso de tecnologías

refrigerantes o mediante la circulación del plástico, es innegable que existen agentes corporativos gigantes que aportan, de forma monstruosa, a la destrucción del planeta sin ningún tipo de carga moral. Gracias a esto es que, ahora mismo, el mundo social de *El vasto territorio* está aconteciendo tanto en nuestro país como en nuestro continente, donde las migraciones internas ocurren a diario, donde habitantes ancestrales son despojados de sus tierras de forma ilícita, donde trabajadores mutilan sus manos a consecuencia del uso de maquinarias extractivistas, donde familias completas están fracturadas por las enormes cargas de trabajo que sufren obreros subcontractados.

El activismo como tal, más allá de que comprenda los problemas profundos de la ecología, nace desde la actitud combativa frente a la devastación natural, que es también la destrucción de diferentes humanos precarizados por las políticas de asolamiento capitalista.

Rodrigo Cisterna, habitante de Laraquete y Curanilahue, muere a la temprana edad de 26. Su muerte, si bien refigurada por los ánimos heroicos de la causa obrera, no deja de ser una tragedia. Tras su asesinato, una familia compuesta por 4 hermanos y una madre viuda quedó en el completo desamparo, así como también, su esposa y su hijo, que en aquel entonces tenía solamente seis años, quedaron marcados de por vida por un crimen estatal. A pesar de que la investigación en torno al caso duró aproximadamente tres años, la sentencia reparatoria fue rechazada en el 2016 por la corte suprema, dejando fuera de forma permanente cualquier tipo de indemnización por parte del estado chileno. La muerte de Rodrigo Cisterna engrosa la enorme lista de víctimas que han caído bajo las manos de las fuerzas policiales y militares en el sur de Chile. Y aunque la lista se vuelva eterna, no debemos olvidar que cada una de las muertes representa una convicción específica respecto a la tierra que habitamos, la cual nos pertenece por derecho.

Así como *El vasto territorio* se inscribe en las formulaciones estéticas en torno a los crímenes irresueltos contra la humanidad y el medio ambiente, llevadas a cabo tanto en dictadura como en democracia, este informe de tesis intenta inscribirse en la histórica revisión de los fenómenos antrópicos y capitalocénicos, con el fin de generar aperturas críticas en torno a los eventos urgentes que acontecen en nuestra realidad nacional y continental. Confiamos en que la revisión de esta novela fomente el aprendizaje de saberes mínimos en torno a la crítica ecológica, para así comprender de mejor modo las disputas territoriales que atraviesan a nuestra sociedad, la cual enfrenta, hoy en día, los amenazantes horizontes del calentamiento global con una peligrosa tranquilidad.

Finalmente, de forma conjunta, nos sumamos a la siguiente solicitud: para la familia de Rodrigo Cisterna, así como también para la familia de todas y todos los ambientalistas asesinados, pedimos justicia.

Bibliografía

Ayala, María del Rosario. Cortés, Ramón. Zapara, Emma. “Extractivismo: expresión del sistema capitalista-colonial-patriarcal”. *Ecología política* 54 (2017): 60-64.

Bartina, Sebastián. “La escatología del apocalipsis”. *Estudios Bíblicos* 21 (1962): 297-310.

Biset, Emmanuel. “La extinción de la cultura”. *La naturaleza de las humanidades. Para una vida bajo otro clima*. Ed. Raúl Rodríguez Freire. Valparaíso: Mímesis, 2022.

Blanchot, Maurice. *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Ávila, 1987.

Blondeau, Olivier. “Génesis y subversión del capitalismo informacional”. *Capitalismo Cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de sueños, 2004.

Casals Hill, Andrea. Chiuminatto, Pablo. *Futuro esplendor: ecocrítica desde Chile*. Santiago de Chile: Orjikh Ediciones, 2019.

Donoso, Arnaldo. “Estudios literarios ecocríticos, transdisciplinaridad y literatura chilena”. *Acta literaria* 51 (2015): 103-118.

Fabry, Geneviève. “El imaginario apocalíptico en la literatura hispanoamericana: esbozo de una tipología”. *Cuadernos Líricos* 7 (2012): 2-11.

Ferraris, Maurizio. *La hermenéutica*. México: Taurus, 2001.

Foucault, Michel. “La prosa del mundo”. *Las palabras y las cosas*. Madrid: Siglo XXI, 1968.

Flusser, Vilém. *El universo de las imágenes técnicas*. Buenos Aires: Caja Negra, 2015.

Gaete, Álvaro. “Tensión en las redes – Sobre El vasto territorio de Simón López Trujillo”. *Revista Oropel* (2021): s/i.

García, Juan. “Ecocrítica, ecologismo y educación literaria: una relación problemática”. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado* 31 (2017): 79-90.

Haraway, Donna. *Manifiesto de las especies de compañía: perros, gentes y otredad significativa*. Córdoba, Argentina: Bocavulvaria, 2017.

_____ *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni, 2019.

Latour, Bruno. *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial, 2005.

Lyotard, Jean-François. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra, 1986.

_____ “Reglas y paradojas”. *Zona Erógena 12* (1992): 1-10.

López Trujillo, Simón. *El vasto territorio*. Santiago de Chile: Alfaguara, 2021.

_____ *El vasto territorio*. Buenos Aires: Caja Negra, 2023.

Matías, David. “Introducción-catálogo al giro espacial de los estudios literarios”. *C. F. F* 25 (2014): 193-203.

Montero Prieto, María/Rosario. *Una línea marca el horizonte: fotografía contemporánea del paisaje en Chile*. Santiago de Chile: Metales Pesados, 2022.

Moreno-Carriles, R. M. “Big data, ¿Pero qué es?”. *Angiología 70* (2018): 191-194.

Moore, Jason W. *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2020.

Pablo de Tarso. “Romanos”. *Biblia de Estudio de Apologética*. Trad. Reina Valera 1960. Nashville, Tennessee: Holman Bible Publishers, 2011.

Pato, Claudia. Tamayo, Alvaro. “Valores, Creencias Ambientales y Comportamiento Ecológico de Activismo”. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano 7* (2006): 51-66.

Pineda, César Enrique. “Apertura: debates sobre colonialismo, comunidad y despojo”. *Colonialismo, comunidad y capital. Pensar el despojo, pensar América Latina*. Eds. Santiago bastos y Edgars Martínez. Santiago de Chile: Tiempo Robado, 2023.

Rodríguez Freire, Raúl. “Presentación”. *La naturaleza de las humanidades. Para una vida bajo otro clima*. Ed. Raúl Rodríguez Freire. Valparaíso: Mímesis, 2022.

Saavedra, Joaquín. “El vasto territorio, de Simón López Trujillo”. *Fundación La Fuente* (2022): s/i.

Spivak, Gayatri Chakravorty. “¿Puede hablar el sujeto subalterno?”. *Orbis Tertius* 6 (1988): 175-235.

Trischler, Herlmuth. “El Antropoceno, ¿Un concepto geológico o cultural, o ambos?”. *Desacatos* 54 (2017): 40-57.

Tsing, Anna. *Ensamblajes multiespecies en el Antropoceno*. Santiago de Chile: Mímesis, 2023.

Zamora, Lois Parkinson. *Narrar el apocalipsis: la visión histórica en la literatura estadounidense y latinoamericana contemporánea*. Ciudad de México: Fondo de cultura económica, 1996.